

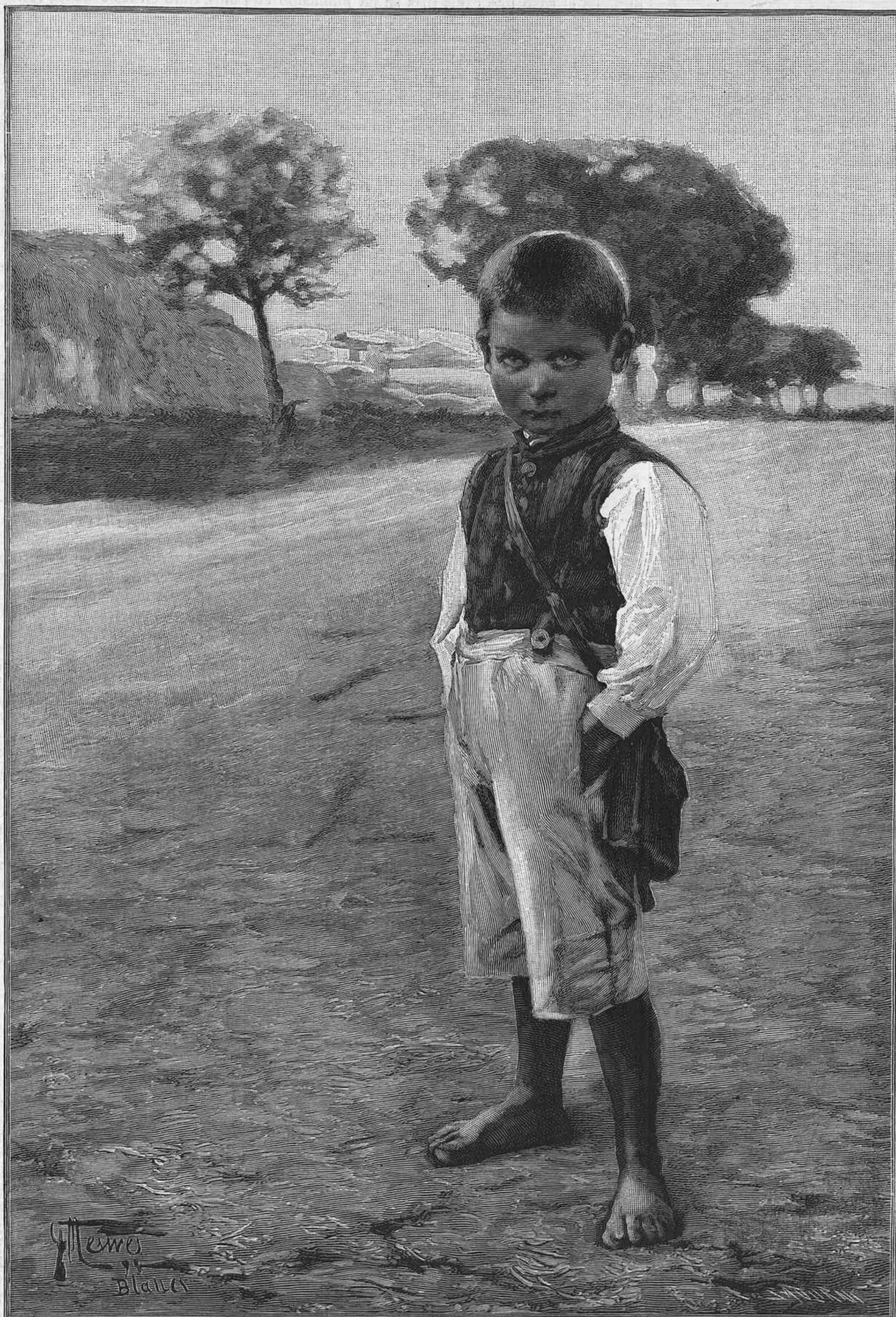
La Ilustración Artística



Año XVI

BARCELONA 17 DE MAYO DE 1897

Núm. 803



CAMINO DE LA ESCUELA, cuadro de Félix Mestres
(Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal**, como segundo tomo de los correspondientes á la serie del presente año, la novela *El ídolo*, original de D. Ernesto García Ladevese, ilustrada con preciosos dibujos de N. Méndez Bringa.

Nuestro propósito era repartir ahora el primer tomo de *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímil de la segunda edición de esta obra inmortal, impresa en 1608; pero las dificultades que entraña un trabajo de índole tan especial como éste, si la reproducción ha de resultar digna del libro de Cervantes, y entre las cuales mencionaremos únicamente la necesidad de imprimirla en un papel fabricado ex profeso, nos han impedido, á pesar de los esfuerzos realizados, satisfacer nuestros deseos.

De todos modos, ofrecemos á nuestros suscriptores que el citado tomo de *Don Quijote de la Mancha* corresponderá al próximo reparto de la **Biblioteca Universal**, es decir, constituirá el tercer tomo de la presente serie.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Armida Parsi Pettinella*, por A. — *Costumbres matritenses. Las mañanas del Retiro*, por A. Danvila Jaldero. — *El piano mecánico*, por Augusto Jerez Perchet. — *Cuarteto nocturno*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela (continuación). — *El incendio del Bazar de la Caridad en París*, por X. — *Arqueta regalada á D. Juan Mañé y Flaquer.*

Grabados.—*Camino de la escuela*, cuadro de Félix Mestres (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896.) — *Armida Parsi Pettinella*, en la ópera *Sansón y Dalila.* — *Disputándose un alma*, dibujo de Alejandro Schneider. — *Un aventurero*, cuadro de Seymour Lucas. — *Conversación*, cuadro de José de Pando. — *Por la patria*, cuadro de Ricardo López Cabrera. — *Labor*, cuadro de José Tova Villalba. — *Pasado y presente*, cuadro de Nicolás Alperiz. — *El Ángel de la Guarda*, dibujo de Guillermo Schade. — *Costumbres matritenses. Las mañanas del Retiro*, dibujo de Méndez Bringa. — *El duque de Aumale.* — *La señorita doña María Oller.* — *Francisco Matheu y Fornells.* — *Plano del Bazar de la Caridad antes del incendio. Los soldados del 28.º regimiento de infantería recogiendo los cadáveres de las víctimas.* — *Arqueta que guarda el pergamino ofrecido por la Redacción del «Diario de Barcelona» á su director D. Juan Mañé y Flaquer.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Muchas veces se me ha ocurrido establecer una comparación entre los árboles y las mujeres — comparación triste para éstas, y sobre todo para los maridos y padres que tienen que cultivar en su huerto los gentiles árboles y arbustos humanos. — He aquí el tema de mi comparación: los árboles, á cada primavera, se cubren naturalmente de hojas y flores. Después, en el estío, dan su fruto..., los que lo dan; ó forman y consolidan su recia y útil madera, que un día servirá — si el reinado del hierro no la destrona definitivamente — para los variadísimos menesteres de la construcción.

La mujer, en primavera, también se cubre de flor y de hoja, pomposa, fresca, de lindos colores; pero ¡ay! no creáis que esto sucede naturalmente, sino al contrario, muy á redopelo y á fuerza de sangrías al bolsillo. La flor y hojarasca de la mujer, en primavera, se paga á peso de oro.

En cuanto á dar fruto, sí que lo da, y sin aguardar al estío; en cualquier estación del año. Sólo que este fruto no se come (¡Dios nos asista!), y en vez de servir de alimento á su dueño, quiere ser alimentado, vestido, instruido, divertido... ¡Un fruto muy costoso el del árbol femenino! Fruto con dientes.

Por otra parte, el árbol femenino no se cubre de hoja en primavera tan sólo. Por lo menos tiene en el año dos épocas de necesitar vestimenta. La entrada del invierno también es formidable para los honrados padres de familia, á quienes preceden, en los paseos, dos ó tres parejitas de muchachas más ó menos agraciadas y casaderas. Sin embargo, el invierno se presta más al aprovechamiento de los trapitos y á las ingeniosas combinaciones y variaciones sobre temas conocidos ya. La primavera, con su claro sol y sus modas atrevidas y picantes, es doblemente incitadora al gasto en perifollos y á la variación y capricho de las *toilettes*. La tentación del pingo es insidiosa, por la misma forma de baratura que reviste. Telitas peseteras, canoas de paja, sombrillas de percal, parecen así al pronto lo más accesible, y poco á poco, sumando lo que cuestan esas menudencias tan sopladitas, tan abuñoladas y vaporosas, asusta el total que arroja la suma.

* *

En cambio Madrid está bonito y alegre apenas empiezan á despuntar sobre las aceras polvorosas ó

regadas de fresco los trajes y los sombreros primaverales, de claros y limpios colores. Este año los sombreros son gayos, una nota franca y campestre, que en las playas y en los senderos de aldea redoblará su gracia vivaracha y chillona. Los sombreros todos rojos parecen amapolas gigantes; los morados, enormes *bluets* (hay *bluets* morados, se lo advierto á los que no conozcan sino la variedad azul); los verdes, un trozo de prado donde surgen los cálices de la manzanilla y del acónito; los amarillos, un haz de paja triguera, en el cual se deslizaron casualmente, bajo la afilada guadaña del segador, algunos lirios.

* *

He hablado de *bluets* morados, y me han inspirado una digresión que nada tiene que ver con las modas de primavera, aunque sí con la floricultura y la botánica. Es el caso que estos días se ha publicado en periódicos extranjeros una curiosa lista de garrafales desatinos, anacronismos y errores cometidos por los escritores de mayor fama y justo crédito en las letras. Entre estos errores figuran las flores inventadas — flores que no existen en la naturaleza; — y en el número de estas flores quiméricas, el articulista encargado de catalogar los gazapos incluye la *rosa verde*. Al leerlo no pude menos de exclamar: ¡á la justicia ahorcan! En efecto, aquí quien comete el *lapsus* y demuestra no estar fuerte en botánica, es el susodicho articulista.

La rosa verde existe, y la vemos florecer, desde muchos años hace, en el jardín y hasta en los setos de mi Granja de Meirás. Su nombre técnico es *viridiflora*. Pertenece á la dilatada familia de las *lunarias*. Confieso que es una rosa bastante fea, y que, si no se considerase su rareza, la arrancaríamos. En jardinería hay que declararla útil para *patrón*: en ella se injertan perfectamente las otras variedades más bellas, amarillas, blancas, rosadas ó purpúreas. De suerte que la rosa verde no sólo existe, sino que, entre los botánicos, ya no es ninguna novedad. ¿Quién sabe si otros supuestos errores de autores ilustres no tienen más fundamento que la ignorancia del Aristarco reparón?

* *

Volviendo á las calles de Madrid — de este Madrid tan atractivo y tan animado en medio de sus innumerables inconvenientes y defectos, de su detestable urbanización, de sus mefíticos olores y de su empedrado con justicia comparado á abiertas bocas de perros de presa, que van mordiendo al paso los pies de los transeúntes, — en la presente época del año, uno de los elementos de animación de las calles, son las horchaterías.

Así como la horchata de chufas no se conoce, que yo sepa, en ninguna parte del mundo sino en España, tampoco tienen idea los extranjeros de lo que es una horchatería, y su sorpresa, al ver estos coquetones establecimientos, es gratísima. La horchatería es lo contrario del café. En el café hay siempre olores fuertes, yaho de cigarro, atmósfera cargada y espesa, barullo de encarnizadas discusiones, porrazos sobre las mesas y en los billares, sillas que arrastran, y cierto desaseo inevitable donde se sirven y consumen tantos manjares y bebidas diferentes. La horchatería, al contrario, es pulcra, nítida, clara, despejada y de un ambiente ligero. Allí no se discute, no se arma bulla: la refrigerante y deliciosa horchata templada la sangre y aplaca los nervios.

Teófilo Gautier, en su *Viaje á España* — titulado *Tras los montes*, — dedica á los refrescos españoles, y en particular á la horchata, un ditirambo que no me resuelvo á llamar *caluroso*, porque es todo lo contrario, refrescante en grado sumo.

Por cierto que habla Gautier de cierto refinamiento que yo no he oído mentar nunca, y que si se practicaba entonces, dudo mucho que se practique ahora, pues costaría caro. Trátase de los sorbetes de mantecado hechos con huevos nonnatos, ó mejor dicho, no puestos, sacados del intestino de las gallinas muertas. Sin duda esos huevos son más finos, y no hay que recelar que estén averiados ó podridos; pero dudo que los cafeteros se consagren á buscarlos para mejorar el vulgarísimo sorbete de mantecado, de que tanto consumo se hace en Madrid apenas empieza el calor á ser asfixiante y digno de la zona tórrida.

* *

Por ahora todavía no molesta. La primavera de Madrid, que es tan corta, reviste caracteres de extraordinaria benignidad y dulzura. Las lluvias de esta semana han rociado el aire y han sentado el polvo. En cambio han ocasionado una desazón á los aficio-

nados á la tauromaquia, que es tanto como decir á la inmensa mayoría de los madrileños, cuando obligaron á suspender en el cuarto toro una corrida de domingo, dejando á los espectadores á media miel. Si España fuese el país de la lógica (pero ya sabemos que le han llamado «el de los viceversas»), parecería caso admirable el de que con una corrida cada dos días no esté desierta la plaza. No se explica de dónde puede salir tanto dinero, tanto humor, tanto pañolón de Manila y tanta naranja. Sólo en la corrida magna de los ocho toros, cuatro de Veraguas y cuatro de Miura, estoqueados por Mazzantini, *Guerrita*, *Bombita* y Reverte, se calcula que ha tirado por la ventana el pueblo de Madrid unos veinticinco mil duros — medio millón de reales. — Al ver esto los hacendistas y arbitristas, no pueden menos de decir: «Este pueblo es inagotable. Apretemos: duro en los impuestos, duro en las gabelas, duro en los consumos, duro en las cédulas, recargos y multas de toda especie.»

* *

A decir verdad, el aspecto económico de la cuestión taurina me preocupa mucho más que su aspecto moral y filantrópico. Hay cosas vulgares y dichas cien veces, pero que nunca se habrán dicho bastante, puesto que la gente las echa en olvido. Una de estas vulgaridades convenientes de recordar, es que las diversiones de los pueblos que se llaman civilizados y nos tratan á nosotros de bárbaros, son cien veces más bárbaras y feroces que las nuestras.

En los Estados Unidos, no hay placer comparable, para la juventud, al de un buen partido de *foot ball*. En el *foot ball* está siempre presente el médico, con su cajita de instrumentos, sus vendas y sus compresas, dispuesto á curar al infeliz que ha sido arrollado, pateado, aplastado por los treinta jugadores que cayeron sobre él como un alud.

Hay otro placer más vivo que el del *foot ball*, que al fin es diversión de muchachos: éste, peculiar á los hombres, es la lucha atlética á puñadas.

Con el torso desnudo, las manos enguantadas según la regla del juego, dos hombres se acometen, ante un concurso que ríe, que vocifera, que cruza apuestas, que apunta cifras, que saca billetes y oro. Las puñadas caen como granizo duro sobre la carne descubierta; por ojos, nariz y boca y oídos sale la sangre, llamada por los aficionados *claret*, por su semejanza con cierta bebida que está de moda y á que presta color rojo el vino de Burdeos. Entre arremetida y arremetida, á los campeones se les lava el sudor, se les frota el cuerpo, como se frota el de los caballos en las carreras. El público suspira de gozo, se crispa de alegría, aplaude hasta la desollación, y los porrazos que van derechos á la cara, que desbaratan una nariz ó revientan un ojo, son los que más le electrizan.

Este «espectáculo atroz, mengua...» de donde sucede, tiene sus defensores, y no falta quien alegue razones en favor suyo, así como en alabanza de las brutalidades del *foot ball*, demostrando que es la vitalidad de la raza la que inspira esos desahogos, que prueban su energía viril. Aceptemos estas circunstancias atenuantes, pero que nos concedan á nosotros también algo en abono de la fiesta nacional. Que por lo menos no vean en ella un símbolo de nuestra vida y de nuestro espíritu. Esta fiesta es relativamente reciente; en los tiempos en que hemos condensado nuestra tradición, no existía, ó era uno de tantos *juegos nobles*, como el romper lanzas, el bohordar tablado, el cazar con azor, halcón ó neblí, el acosar y el derribar, las cañas, los torneos, las sortijas y las bizarrías á la jineta. No se ha arraigado en el pueblo el rejeoneo y estoqueo de toros hasta la época barroca y decadente — el siglo XVIII.

* *

Por cierto que en la corrida magna á que antes me referí ha sucedido un incidente curioso. En la lidia se ha quedado *tonto* un Veraguas. ¿Que un toro no puede volverse *tonto* como las personas? Pues sí que puede. Dos coces de un caballo en la región frontal dejaron al Veraguas en tal estado de imbecilidad, que ni hacía caso del trapo, ni al presentarse los cabestros les reconocía, ni quiso seguirles. También los animales pueden perder, por lesiones en el cerebro, la memoria, el sentimiento, la comprensión — es decir, los rudimentos que de todo esto tengan, y que en ellos reciben el nombre de *instinto*. — El público creyó que se trataba de un toro manso y blando, de un *buey*, como dicen, y se armó una gritería y una silba fenomenal. Y se trataba de un lisiado, sencillamente. Una fiera convertida en idiota.

EMILIA PARDO BAZÁN

ARMIDA PARSİ PETTINELLA

CARMEN
SANSÓN Y DALILA
IL PROFETA
ORFEO

ARMIDA PARSİ PETTINELLA

Cuando un artista nuevo en nuestro gran teatro lírico logra imponerse desde los primeros momentos al público barcelonés que goza merecida fama de inteligente, pero también la tiene, bien ó mal adquirida, de severa intransigencia, bien puede decirse que ese artista posee verdadera valía. Tal es el caso que se ha dado en la actual temporada con la contralto Sra. Parsi Pettinella, que ha debutado en el Liceo con el difícil papel de protagonista en la ópera *Sanson e Dalila*.

Ya al emitir las primeras notas cautivó su hermosa y bien timbrada voz, y al terminar el primer acto los aplausos que escuchó fueron para ella la sanción de su indisputable mérito, aplausos que se repitieron durante toda la obra, como se repiten cuantas noches se pone ésta en escena.

Armida Parsi nació en Gallese, pequeña población de la provincia de Roma, y desde muy niña manifestó singulares aptitudes para el arte que profesa. Tan notables fueron éstas, que al decidirse á consagrarse al teatro bastaronle dos años de estudios bajo la dirección del que luego ha sido su esposo, el inteligente profesor Pettinella, para hallarse en disposición de satisfacer su deseo. Presentóse al público por vez primera hace cuatro años, en el Teatro Argentina de Roma, en la ópera *Il Trovatore*, alcanzando el más liosajero éxito. Desde entonces su carrera ha sido una serie no interrumpida de triunfos, y las óperas *Favorita*, *Carmen*, *Aida*, *Profeta*, *Sanson e Dalila*, *Orfeo* y otras se los han proporcionado muy cumplidos en los diferentes teatros en que ha actuado, entre ellos los de Roma, Brescia, Scala de Milán, Santiago de Chile, Valparaíso, Nueva York, etc.

En esta última ciudad norteamericana el entusiasmo que excitó y el aprecio con que la distinguieron los aficionados fueron tales, que no sólo recibió numerosas cartas de las principales damas solicitando algún autógrafo suyo, sino que se organizó en un suntuoso hotel una recepción en su honor, á la cual asistieron las familias más distinguidas de la buena sociedad neoyorkina.

Análogos ó parecidos agasajos ha obtenido en las otras poblaciones americanas, y por lo que respecta á la nuestra puede decirse, como antes hemos indicado, que la Sra. Parsi Pettinella *llegó, cantó y vendió* en toda la línea, á pesar de hallarse algo cohibida por el temor que le inspiraba nuestro público, de cuya supuesta intransigencia se le había hablado en el extranjero. Afortunadamente, pronto pudo conven-

cerse de que de tal intransigencia, si es que existe, no han de temer nada los artistas de mérito evidente.

Lo cierto es que no deben extrañar á nadie los aplausos que Armida recibe en Barcelona, pues reune

ción, y el teatro llenan por completo su existencia. Esta especie de plácido retraimiento no obsta para que sea mujer de sociedad, y á un finísimo trato, matizado por su conversación franca y expansiva, reune la afabilidad propia de las personas de esmerada educación.

¡Lástima grande que en atención á lo breve de la actual temporada, sólo nos haya sido dado oír en la ópera *Sanson*, de cuyo papel de *Dalila* ha hecho una verdadera creación! - A.

COSTUMBRES

MATRITENSES

LAS MAÑANAS DEL RETIRO

(Véase el grabado de la pág. 329)

- ¡Gracias á Dios y qué mañanita tan hermosa!, exclama la anciana Macaria, dueña del aguaduco inmediato á la fuente monumental situada en uno de los extremos del estanque grande del Parque de Madrid, disponiéndose á colocar una docena de veladores de modesto pino en pintoresco desorden por las cercanías del puesto con el que gana «honradamente los garbanzos,» como acostumbra ella á decir á sus parroquianos. Ya era hora de que se acabaran las heladas y dejase de soplar el pícaro gris. No, si llega á seguir el tiempo como iba en enero, ¡Dios me valga, pero ni para pagar al Ayuntamiento sacaba una! ¿Quién querrá creer que desde Reyes hasta el presente, y estamos á fines de febrero, no he mérido en el cajón más que veintisiete pesetas y media? Nada, miseria y compañía. Pero hoy creo que andará el negocio. ¡Vaya, como que lo primero que he visto al salir de casa ha sido un jorobado, y eso todo el mundo sabe que es de buen agüero! Dios lo quiera, porque el pícaro de Ramoncito ya tiene rotos los zapatitos que le compré en Navidad. ¡Claro, como que es el mismísimo diablo y está tan consentido!.. Calle, ¿qué andará buscando esa señorita, que ya ha pasado dos ó tres veces por aquí? Parece que mira donde sentarse. A ver si me estreño.

La señora objeto de la atención de Macaria, que es una

joven alta, bien parecida, con elegante traje negro, cuello de sedosa piel y amplio sombrero, lleno de lazos y perifollos, se detiene junto á un velador situado al pie de un altísimo plátano, y sacando del bolsillo una página arrancada á un número del *Blanco y Negro*, lee un «Anuncio telegráfico» concebido en los siguientes términos:

«Aurora. Siempre pensando en usted. Acuda jueves 8 mañana Retiro, fuente egipcia, y demostraré la formalidad de mis intenciones. Enamoradísimo Chichito.»



ARMIDA PARSİ PETTINELLA, en la ópera *Sanson y Dalila*
(de fotografía de Julio Rossi, de Milán)

en sí las dotes de cantatriz perfecta, actriz inteligente y mujer hermosa. Su voz vibrante, pastosa é igual en todos los registros, su correcto estilo de canto de modulación irreprochable, su expresivo rostro y su arrogante presencia hacen de dicha contralto una artista que logrará ovaciones dondequiera que se presente.

Modesta además en alto grado, los triunfos, aunque la halagan, no la envanecen, y los tranquilos goces del hogar doméstico, el estudio, al que constantemente consagra una parte principalísima de su aten-

— Aquí debe ser, murmura la incógnita. Ya han dado las ocho y él aún no ha venido. Aguardaré sentada, porque estoy fatigada de andar de aquí para allá hecha un zarandillo. La verdad es que la cosa lo merece: ¡un joven tan rico y que le dijo á Consuelo que se quiere casar conmigo! Como feo y estúpido lo es bastante; pero ¡dejar el teatro, salir del coro de señoras y tener coche es tan hermoso!..

Y Aurora, sentándose en una de las sillas inmediatas á ella, se quita uno de los guantes, y con la sombrilla hace una seña á Macaria, que acude pre-

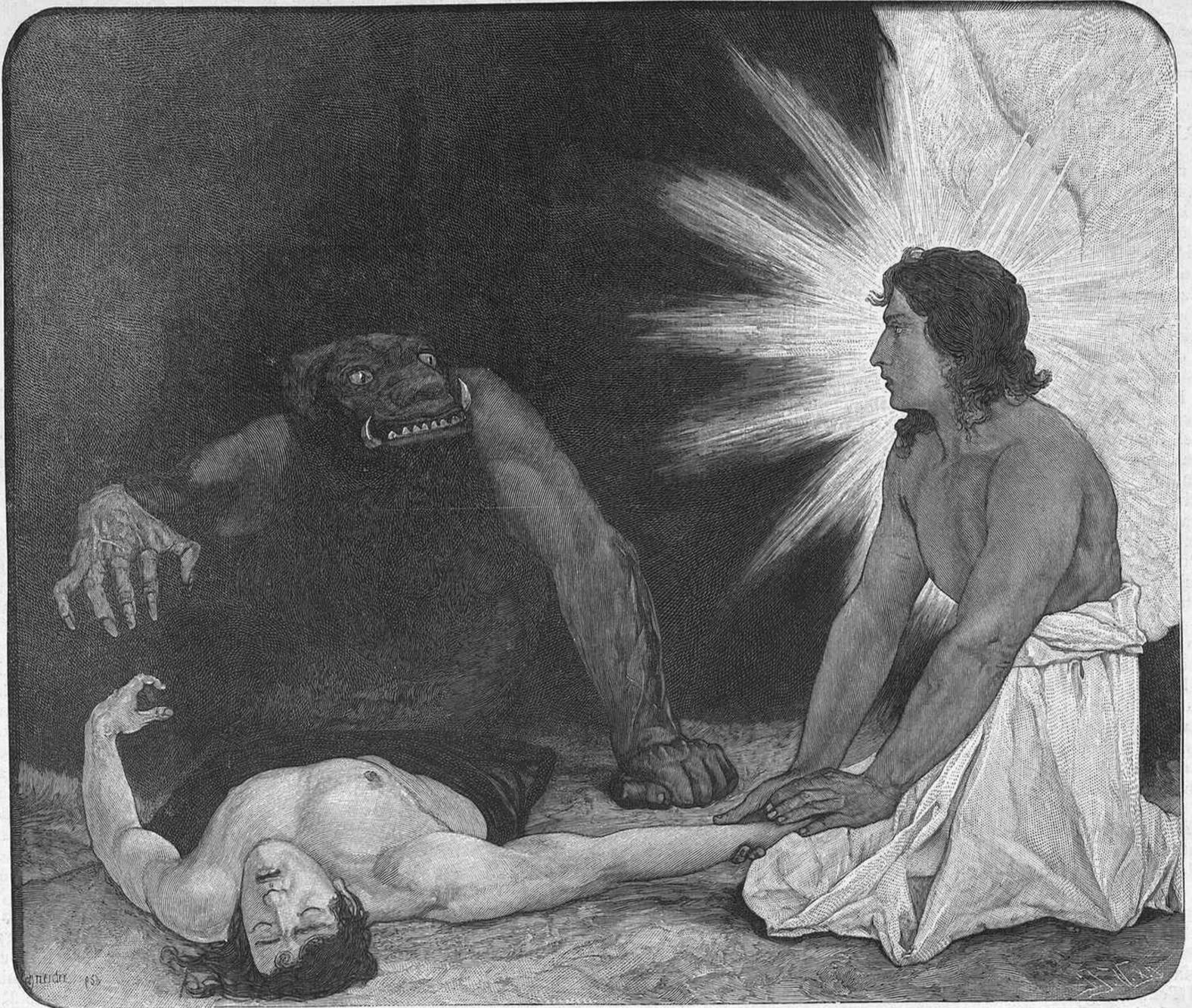
Macaria no puede continuar el elogio de las aguas del Retiro en general y de su fuente en particular, porque interrumpe su perorata la llegada de un matrimonio de edad proveya; él con holgado gabán y flamante sombrero de copa echado hacia atrás, y ella con forrado *collet* de pieles y capota de terciopelo negro. A pesar de que entre los dos deben contar cerca de siglo y medio de existencia, caminan á buen paso dirigiéndose hacia el pilón, donde una gran ánfora, cuya tapa termina con la cabeza de un egipcio, vierte un abundante caño de cristalinas aguas.

á un guarda que vino corriendo con uno de vidrio muy feo y un cucurucho de anises, á cuyo momento llegaste tú con el rey, que como era tan tragón, se zampó todos los anises y luego le dió un doblón de á cuatro al guarda.

— Aquellos eran otros tiempos, añade D. Antonio.

— Bien puede usted decirlo, señor, exclama Macaria. Ahora ya no hay doblones de á cuatro, y para las aguadoras menos, porque el oficio está perdido.

— Pues yo creo, dice doña Tecla, que las personas tendrán sed ahora igual que treinta años atrás.



Disputándose un alma, dibujo de Alejandro Schneider

surosa con su delantal tan blanco como las canas que rodean su bondadosa fisonomía.

— Buenos días, señorita. ¿Qué desea usted?

— No sé; espero á uno..., á mi hermano.

— ¡Ya!, dice sonriendo Macaria; vienen aquí muchas señoras á esperar á sus hermanos.

— ¿Qué me puede usted dar?

— Todo lo que usted quiera; agua, aguardiente, azucarillos, merengues y hasta cognac.

— Bien, traiga usted agua con azucarillo.

Mientras Macaria corre á servir á su primera parroquiana, ésta murmura:

— Lo que es el desayuno no puede ser más parco. Y tengo un apetito feroz. Como Chichito no venga pronto, estoy divertida con mi vasito de agua con azucarillo. ¡Ay amor, cómo me has puesto! ¿Por qué este imbécil en vez de citarme aquí por medio del *Blanco y Negro* no me lo dijo anteayer en el ensayo? ¡Qué misterios más tontos!

La aguadora interrumpe las reflexiones de la joven corista, poniéndole delante el vaso lleno de agua, en la que sobrenada un esponjoso azucarillo.

— Estará fresca, ¿verdad usted?, pregunta Aurora.

— No, señora, está á buen temple. Estas fuentes del Retiro dan siempre el agua muy agradable, porque como son obra de los moros, que sabían tanto, no sé qué mecánica tienen en las tuberías que sale así. Y esta agua es muy saludable y tiene mucha fama en todo el mundo y los médicos la recetan á todo el que quieren.

— ¡Macaria, grita el caballero, los vasos!

— Va en seguida, D. Antonio.

Aurora quédase sola, y después de tomar algunos sorbos del refresco, entretiene su impaciencia registrando ansiosa con la vista las avenidas que conducen al sitio donde se encuentra, esperando el momento en que el galán del anuncio aparezca entre los árboles.

— Macaria, dice en tanto la señora anciana á la aguadora, después de sorberse un gran vaso de agua, entregándole unas monedas de cobre, ya tenemos nuestra racioncita, ahora vamos á dar la vuelta de costumbre hasta el Angel caído y luego vendremos á sentarnos un ratito.

— Muchas gracias, doña Tecla, ¿y cómo se encuentran ustedes?

— Tan fuertes, responde D. Antonio, tan fuertes y tan campechanos. Nosotros somos de otra pasta que los jóvenes de hoy en día. Ya veremos si todos estos jovencuelos que andan por ahí haciendo el payaso con las bicicletas, vienen á los ochenta como yo todos los días al Retiro á dar un paseo y tomar un vaso de agua en esta fuente. Ya quedan pocos de los guardias de Corps que acompañábamos á D. Fernando VII, que en gloria esté, á pasear por el Real Sitio del Buen Retiro. ¿Te acuerdas, Teclita?

— ¡Vaya, pues podía olvidarme! Como que te conocí en esta misma fuente un día que la Señora tuvo el capricho de beber, y como no había aguaduchos como ahora, tuvimos las damas que pedirle un vaso

— No digo que no, señora; pero mire usted cómo beben; como los animales, mejorando lo presente.

Y la aguadora, indignada, señala á varios individuos de modesto aspecto que, inclinándose sobre el caño, sorben el agua á grandes tragos, limpiándose luego la boca con el pañuelo algunos y otros con el reverso de la mano.

— ¡Psh!.., consecuencias de las ideas democráticas, dice D. Antonio. En las naciones en que desgraciadamente el trono...

— Mira, Antonio, interrumpe doña Tecla, no comiences con tus discursos políticos, que se hace tarde para dar nuestra vuelta. Luego podrás explicarle á Macaria tus teorías sobre el altar y el trono.

Un numeroso grupo de jóvenes de ambos sexos invade la plazuela cercana á la fuente, ocupando varias mesas y llamando con alegres voces y sonoras palmas á Macaria, que corre presurosa á servirles, mientras que el antiguo guardia de Corps y su vetusta mitad se alejan recordando anécdotas de pasados tiempos y renegando de las variaciones introducidas en el Retiro por el afán innovador de la corporación municipal.

Entretanto Aurora, impaciente y nerviosa, ha leído veinte veces el anuncio del *Blanco y Negro*; ha dibujado en el suelo con la punta de la sombrilla enrevesados jeroglíficos y adoptado mil posturas, mientras murmura *sotto voce*:

— Pues señor, buen bromazo me está dando el tal Chichito. No, lo que es como no me dé palabra for-



UN AVENTURERO, cuadro de Seymour Lucas (Exposición de la Real Academia de Londres)

mal de casamiento le arranco los ojos, porque este plantón no merece menos: «Jueves 8 mañana Retiro fuente egipcia.» La cosa es evidente. Pero este mamarracho... ¿habrá querido tomarme el pelo?.. Y todo el mundo me mira como si tuviese monos en la cara. Estoy por irme y no esperar más. Pero no, pudiera haberse retrasado por cualquier cosa y pierdo una proporción tan magnífica, de las que entran pocas en libra. Aguardaré otro poco. ¡Aguadora, venga usted!

La diligente Macaria acude al llamamiento, diciendo con hipócrita sonrisita:

— Qué, ¿no viene su señor hermano?

— No, aún no ha venido.

— El vendrá si es de ley. Habrá tomado el tranvía; y ya se sabe, cuando se toma el tranvía, siempre se llega tarde. Estas Pascuas pasadas me fui con mi nietecito al teatro de Maravillas á ver el Nacimiento, y tardamos cerca de una hora en ir desde la Puerta del Sol hasta la Glorieta de Bilbao.

— Pues entonces eso será.

— ¿Quiere usted tomar alguna cosa para entretenerse?.. Así se hace menos pesado el tiempo.

— Bueno, traiga usted otro vasito con otro azucarillo.

— ¿No sería mejor un merenguito? Los tengo de rechupete. Son del Riojano, que ya sabrá usted quién es, y luego esta agua es muy fuerte, y no estando acostumbrada puede sentarle mal. Mire usted, ¿ve usted á ese señor de la capa á quien acompaña un criado?; pues un día se tomó tres vasos seguidos; y según me ha contado el chico, por poco revienta; y le estuvo muy bien empleado, porque ese es de los que se traen su vaso en el bolsillo, y como no le consultan á una que tiene práctica en estas cosas, se exponen á un percance, porque esto de las aguas tiene sus *mases* y sus menos.

— Venga, pues, el merengue.

En aquel momento una muchacha rubia, pálida, algún tanto anémica y de aspecto romántico, y una miss, inglesa al parecer, fea, desgarrada y con un sombrero que semeja un canasto de legumbres, toman posesión de un velador inmediato al de nuestra corista, que la contempla fijamente analizando á su sabor la elegante *toilette* de la recién llegada.

Macaria se aproxima exclamando:

— Felices los ojos que la ven á usted.

¿Y el señorito que la acompañaba otros días?

— Ahora vendrá. ¿Qué hora, miss Estéfana?

— Las nueve menos tres, responde la inglesa consultando el reloj.

— Aún nos hemos adelantado un poco; pero él vendrá, estoy segura.

Aurora se revuelve impaciente en su silla; la seguridad que demuestra la joven de que el que espera va á llegar, la saca de quicio, y por su imaginación cruza rápida como una exhalación cierta sospecha inverosímil.

— A no ser, dice miss Estéfana, que usted no haya leído bien la *citación*.

— Sí, sí he leído bien, y además he recortado el anuncio y lo llevo aquí dentro del guante. Mire usted, «jueves 8,» que es hoy; nada dice de la hora, porque ya se sabe que mientras no haya contraorden es la de siempre; las nueve.

Al oír estas palabras, Aurora experimenta un estremecimiento nervioso, su rostro se enrojece y sin darse cuenta de ello se pone de pie. La sospecha de una burla sangrienta va tomando aspecto de realidad; pero aún duda de ello.

— ¡Ah, infame!, dice para sí. ¿Conque nos has citado á dos?.. Pues bien: las dos estamos aquí, y si llegas á venir cuenta con un remojón en el estanque.

— Señorita Aurora, exclama la extranjera con voz alborozada, allí viene el señorito Chichito.

Las dos jóvenes vuelven la cabeza al mismo tiempo, en el momento en que rápido como una golondrina un gomoso, vistiendo pintoresco traje de *sport*, se apea de una bicicleta y dice quitándose la gorilla:

— Aurorita, tengo ya el permiso de mamá. Se acabaron los misterios...

Oyense dos gritos; uno de alegría de la joven pálida y otro de asombro de la corista, para quien aquel Chichito es completamente desconocido.

— Vaya una plancha, murmura; pero más vale así, porque si llega á ser el otro...

— Señorita, el merengue, dice Macaria presentándoselo á la despechada cantante.

— Cómaselo á mi salud. Ahí van dos reales para usted.

— Muchísimas gracias, y... si el hermano no ha venido hoy... , ya vendrá mañana.

— Puede... , pero lo que es yo no pienso volver al Retiro en todos los días de mi vida...

A. DANVILA JALDERO



CONVERSACIÓN, cuadro de José de Pando (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

EL PIANO MECÁNICO

Iba envuelto en blanca funda, semejante á sinietro sudario. Lo arrastraba un *poney* con guarniciones de plateados adornos, que lucían heráldico blasón, representado por corona nobiliaria, símbolo acaso de alguna grandeza decaída; emblema de uno de tantos dramas de familia, desconocido para el modesto industrial que fiaba al manubrio del instrumento músico miserable presente y obscuro porvenir.

El piano era objetivo hacia el cual convergía apiñado corro que oía extasiado las notas de zarzuelas y óperas, interpretadas con precisión matemática, pero sin dulzura en la modulación, sin revelaciones del sentimiento, sin poesía, en fin.

Una joven y su padre, él en los linderos de la ancianidad, ganaban la vida á favor del piano; y cuando éste había dado al aire dos ó tres tocatas, la gallarda moza de negros ojos, sombría expresión, triste sonrisa y pálido semblante, invitaba al público callejero y al de los balcones á que arrojase monedas al platillo. Algunas caían; mas eran tan pocas, que al regresar de noche á la posada padre é hija, difícilmente podían atender á las precisas necesidades; y ambos seres y la paciente jaquita contentábanse con mezquino alimento.

Celebraban feria en un pueblo próximo á la capital, y de ésta iban allí, en demanda de esparcimiento y regocijo, porción de familias.

Recorran la polvorosa ruta numerosos carruajes, y en ellos percibíase el contento, ese contento que, por inevitable flaqueza humana, arranca suspiros al desventurado.

— Vamos allá, dijo el padre de la muchacha.

— Vamos, pues, respondió ella.

Pero estaba enferma. La fiebre se mostraba en el fulgor de sus ojos y en el color encendido de sus mejillas. Y emprendieron la excursión.

El pequeño *poney* marchaba lentamente, con la cabeza inclinada, jadeante, casi hambriento, de suerte que el conjunto parecía de melancólico duelo.

El piano, envuelto en su funda, se balanceaba en las desigualdades del suelo, y el trayecto hacía más difícil para el mísero grupo que lo recorría sin aliento.

¡El camino! ¡Qué de misterios ofrece! ¡Cuántos asuntos brinda para la meditación! En la desabrida lengua de tierra, sinuosa y escabrosa, se desarrollan escenas que no advierte el transeunte de un instante.

El mendigo va fatigoso por la carretera en busca de lugar propicio para pedir el óbolo á la caridad. La mujer, cubierta de andrajos, investiga en las hazas próximas el seco ramaje y lo recoge á fin de llevarlo al exhausto hogar. El vendedor ambulante surge en el lejano término, agobiado bajo el peso de su mercancía. El trajinante conduce larga recua; y en tanto que con sus diferentes aspectos se desenvuelven estos cuadros de realismo implacable, denunciadores de la lucha cruel contra las adversidades, fulgura el sol, y las aves, extrañas á los combates de la humanidad, reposan felices en los hilos del telégrafo, y orea el campo la brisa perfumada y tiene el paisaje los suaves tonos del idilio desligado de toda impureza.

— ¡Padre, me siento mal!, exclamó la joven.

Y él repuso:

— Hija mía, haz un esfuerzo. Ya estamos cerca, y esta noche, si Dios quiere, recogeremos abundante colecta y descansaremos después.

— ¡Ay, padre! ¡Qué existencia tan dura!

— Resignación.

— ¿Hasta cuándo?

— ¡Ah!

— ¡Adelante, padre mío!

— Sí; adelante. ¿Tenemos derecho para sublevarnos contra la Providencia? Mira los trenes lujosos que pasan á nuestro lado; pero advierte, al mismo tiempo, los individuos que van por la vía que seguimos.

— Es verdad.

— El contraste siempre. Trabajemos y aguardemos, hija mía. He aquí nuestro deber.

Las lágrimas asomaron á los ojos de la enferma.

No habló más.

Por último llegaron y la esperanza sonrió á los infelices.

Todo era animación y movimiento en aquel pueblo con motivo de la celebración de la feria.

¡Cuánto iban á ganar!

La acogida de los viajeros en el pueblo fué jubilosa. La gente se arremolinaba en torno del piano; los chicuelos batían palmas y el concurso esperaba impaciente descifrar el enigma, oír las composiciones líricas y aumentar el jolgorio de la localidad, engalanada con farolillos á la veneciana, vistosas colgaduras, *tio-vivos* y, en suma, el cúmulo de alicientes que acuden á las ferias y les dan característico realce.

Pero la comitiva, sin parar mientes en la general sorpresa, fué á la posada, pidió un miserable cuarto, y allí la moza, desfallecida por la calentura, dejóse caer en escualido jergón.

— ¡Padre, padre! ¡Me muero!, decía con voz agonizante.

— Eso no es nada, hija mía, respondió tembloroso el viejo. Verás cómo te mejoras así que tomes alimento.

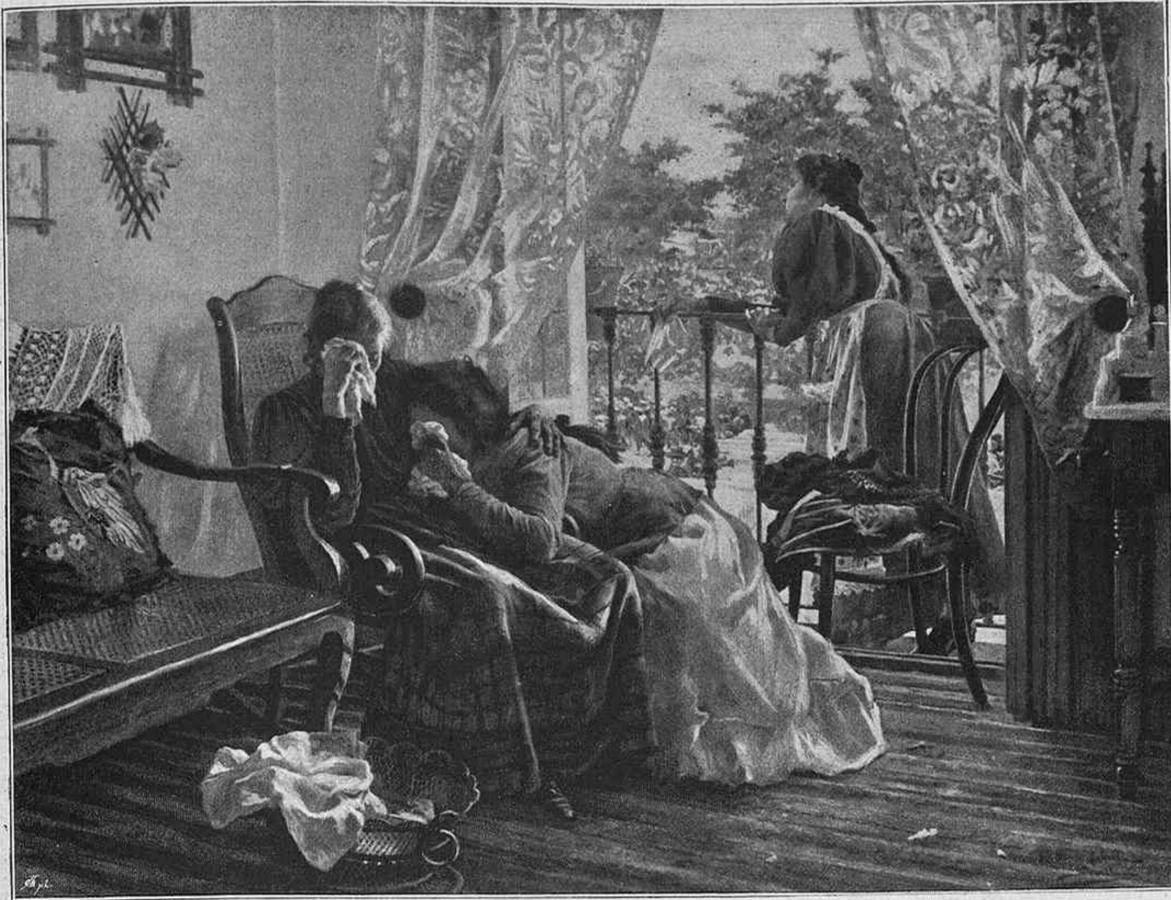
Y corrió en busca de algo que reanimase las fuerzas de la extenuada enferma, y luego desenganchó el *poney*, lo enmantó cuidadosamente para enjugarle el sudor, y volvió al lado de su hija. ¡Qué noche!

El rasgar de las guitarras, los cantares de los aldeanos, el repique alegre y el estallido de los cohetes llegaban hasta el tugurio de la pareja sombría.

El cura del pueblo rezaba al pie del jergón; el padre sollozaba, y la vacilante claridad de un candel difundía sobre el cadáver de la muchacha lúgubres reflejos.

Llegó el día, alborozado, pródigo de encantos, indiferente al drama de la posada, y abandonó el viejo la humilde cámara mortuoria y salió á la calle, guiando la jaquita enganchada al piano.

La multitud, apercebida á poco, lo siguió satisfecha y riante.



POR LA PATRIA, cuadro de Ricardo López Cabrera (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

El industrial detúvose; giró el manubrio, y hendieron el espacio raudales de notas, inspiradas y juguetonas.

Calló luego, y el desdichado padre tomó el platillo de metal y, horriblemente lívido y con fúnebre sonrisa, recorrió el círculo de espectadores, extendiendo el brazo y murmurando á la vez:

— ¡Para enterrar á mi hija!

AUGUSTO JEREZ PERCHET

CUARTETO NOCTURNO

- Dios nos libre de la miseria.
- Es lo que yo le digo á éste, doña Gregoria.
- ¿Quién sabe si cualquier día puede uno verse emigrado y extranjero?
- Y son jóvenes, al parecer.
- Alguno de ellos: los otros no.
- ¿De qué país serán esos, papá?
- No sé, hija mía; supongo que serán tirolese, ó húngaros ó del cantón de Lucerna.
- ¿Lucerna ó Lucerna?
- Son sinónimos, como Suecia, Suiza y Sueca.
- Aquél tiene aspecto de general forastero.
- ¿Cómo forastero?
- De otro país.

No hablaban de otro asunto los concurrentes al café, cuando entraban en el establecimiento los profesores del cuarteto nocturno. Eran ellos cuatro, «como suelen ser los que forman un cuarteto.»

El que parecía director del pelotón, se dirigía al mostrador, después de saludar con varias reverencias á las personas que componían el respetable público.

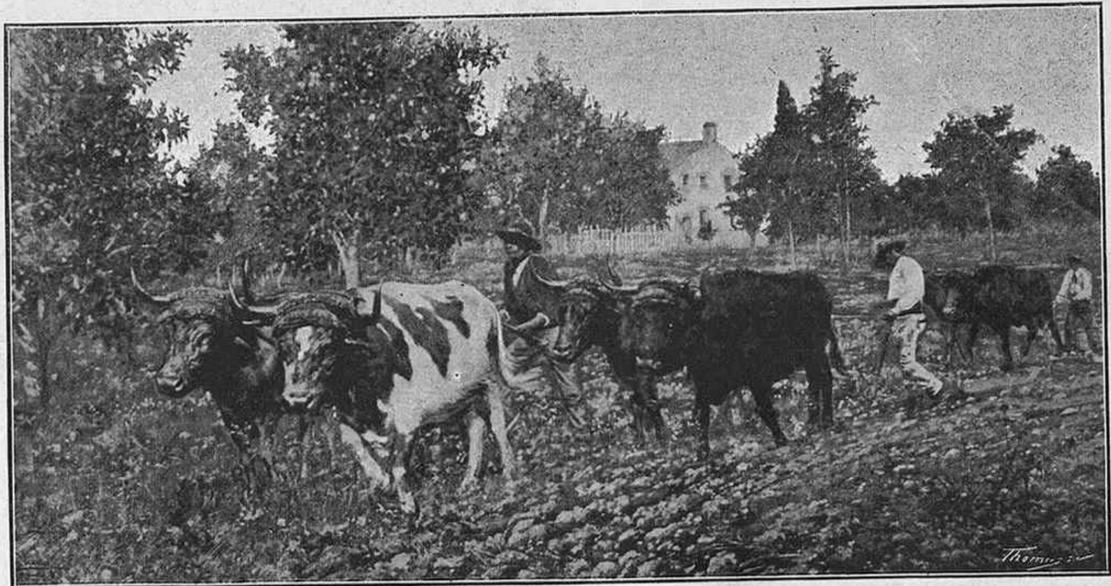
Solicitaba el competente permiso para ejecutar, con sus tres compañeros, algunas piezas de concierto y en los intermedios implorar la caridad pública.

En varios cafés, los dueños se oponían, pero en otros los toleraban.

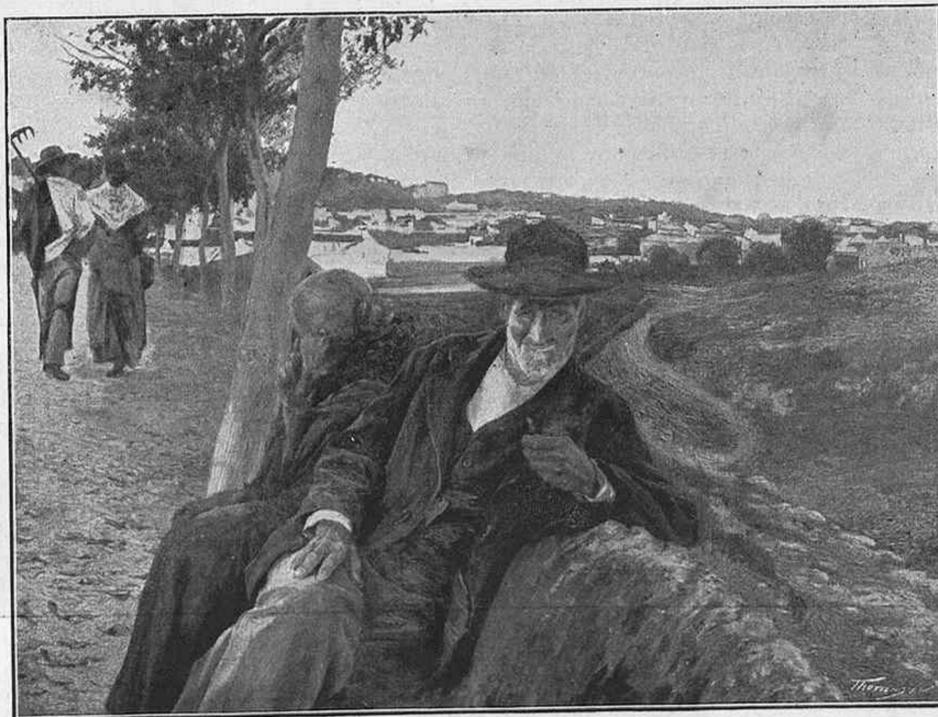
En los cafés que contaban con personal fijo de profesores ó de tiples «cantoras», que era en los menos, á la sazón, no entraban siquiera los del cuarteto ambulante.

¡Con cuán envidiable majestad artística saludaban los cuatro maestros al respetable público, que los miraba con curiosidad y aun con extrañeza!

hasta las sillas *surcaron en aire*, para obsequiar á los profesores ó para defenderlos. Porque hubo quien decía:



LABOR, cuadro de José Tova Villalba (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)



PASADO Y PRESENTE, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

Desenfundaban los instrumentos con gravedad y parsimonia.

¡Qué instrumental!

Un figle de doscientos milímetros, de tiro rápido, sistema Krupp; un fagot en el período de su crecimiento, de dos metros y veinte centímetros de longitud; una *trompá*, porque aquello pasaba de trompa, y un *strafalarius*, que no Stradivarius; un violín que tocaba solo, al decir del director del cuarteto, pero *sotto voce*.

Generalmente, cada uno de los cuatro, provisto de platillo de metal, recorría un turno del establecimiento: un turno de cuatro, postulando para el sostenimiento del arte, en una de sus más interesantes manifestaciones.

Los concurrentes al café extrañaban un tanto la premura de la petición, puesto que no había precedido la ejecución de alguna pieza musical.

Pero no faltaba quien depositase su óbolo en el platillo.

Otros decían al postulante, en voz alta para facilitar la inteligencia, tomando al tal por extranjero:

— Después, después de que toquen ustedes alguna cosa.

Y efectivamente, después de la recolecta, los profesores volvían á enfundar los instrumentos gigantes, y salían sin saludar á la ilustrada concurrencia.

Los que esperaban el concierto quedaban como en Babia.

— ¿Qué habrá ocurrido?

— ¿No les permite el dueño que toquen en el café?, preguntaba alguna persona.

— Sí, señor, respondían los camareros; ¿por qué no?

Solamente en dos ó tres ocasiones rompieron á tocar en dos ó tres establecimientos.

Fueron tres acontecimientos artísticos, y en poco más, de orden público.

Los platillos, los vasos, las botellas, las bandejas y

— El público antiartístico no sabe lo que oye. No merecen ustedes semejantes profesores. ¡Bárbaros! ¡Pobre gente!

— Es una música que va más allá de Wagner.

— Ellos tienen la culpa por venir á este país.

— Es verdad.

— ¿Pero qué país ni qué arte, si lo que hacen es rugir con instrumentos?

— Nosotros ser tutti emigratti e la música también emigratta, explicaba el director.

Pero tuvo que disolverse la sociedad de cuartetos para librarse del peligro de una muerte probable. Por más que en algunos cafés de los barrios extremos daban sumo gusto á los parroquianos, á voces solas.

Uno cantaba peteneras chapurradas.

Otro la *kota aragonesa* vertida al inglés.

Aquello era poco menos que cantar en el patíbulo.

¿Y quién dirán ustedes ó quiénes eran los que formaban aquel pelotón de profesores nocturnos y ambulantes y desgraciados?

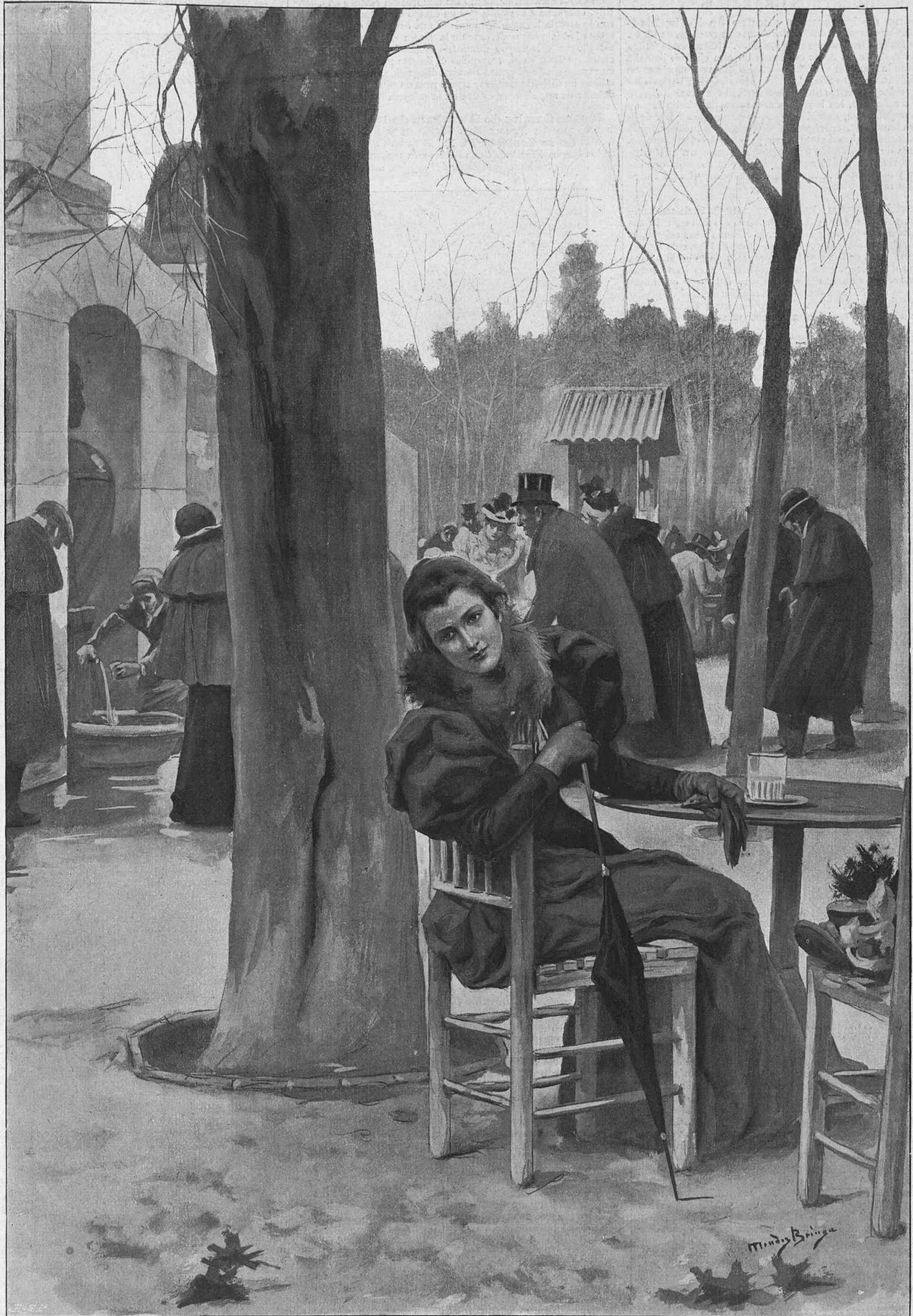
Un actor con muchísima gracia que, á la sazón, empezaba á «hacer papelitos»; dos aprendices de pianista, que pronto fueron notables, y un joven de ilustre familia, y entonces empezando la carrera de las armas.

¡Cuántas veces oí á Paco Arderius contar las peripecias de aquella campaña artístico-humorística!

EDUARDO DE PALACIO



EL ANGEL DE LA GUARDA, dibujo de Guillermo Schade



COSTUMBRES MATRITENSES.—LAS MAÑANAS DEL RETIRO, dibujo de Méndez Branga

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

NUESTROS GRARADOS

Camino de la escuela, cuadro de Félix Mes-tres (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1896). — Entre los tres lienzos que presentó el Sr. Mes-tres en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad, llamaba justamente la atención el notable estudio que reproducimos en estas páginas, trasunto fidelísimo del natural. Quien haya visita-do los pueblos de nuestro litoral recordará, al examinar el cuadro á que nos referimos, los hermosos rapazueros de cabello rubio y rosadas mejillas que, descalzos y con la cartera pendiente de la correa en bandolera, entrénganse á sus bulliciosos juegos cuando van á la escuela. Uno de estos tipos ha escogido el artista para hacer gala de su habilidad é inteligencia, pues aparte del estudio que revela, véase en la actitud de la figura ese algo que caracteriza y distingue á la niñez, manifestándose el tipo étnico de nuestra región.

Disputándose un alma, dibujo de A. Schneider. — Como ya en otras ocasiones hemos hablado del famoso dibujante, omitiremos toda nueva apreciación acerca de sus relevantes méritos y del carácter de sus composiciones. Digna de figurar entre las mejores de éstas es la que reproducimos en la página 324, cuya descripción creemos ocioso hacer, pues hartamente aparece expresado el pensamiento del autor en el hermoso grupo que forman el ángel y el espíritu del mal disputándose el alma que residió en el cuerpo muerto, yacente entre aquellas dos figuras tan admirablemente trazadas.

Un aventurero, cuadro de Seymour Lucas. — El autor de este cuadro es uno de los primeros representantes del arte inglés contemporáneo. En sus obras, algunas de las cuales hemos reproducido, adviértese desde luego la mano del maestro que ejecuta con trazos enérgicos y vigorosas entonaciones las ideas concebidas por un talento privilegiado. Muestra de ello es el *Aventurero*: la figura del soldado, tratada con amplitud y soltura magistrales, da una idea exacta de lo que fueron aquellos mercenarios que alquilaban su espada al que mejor les pagaba.

El duque de Aumale. — Con el duque de Aumale ha desaparecido una de las figuras más interesantes y más dignas de respeto de la Francia contemporánea. Hijo de rey, su elevada cuna no fué obstáculo para que abrazara con entusiasmo la carrera de las armas, entrando á la edad de 17 años en el ejército, después de unos estudios brillantísimos y ganando innumerables laureles en la campaña de Argelia, de 1840, á la que fué como ayudante de su hermano el duque de Orleans y en la



EL DUQUE DE AUMAILE
fallecido en Zucco (Sicilia) el día 7 de los corrientes

que por méritos de guerra conquistó el grado de coronel. Por enfermo hubo de regresar de Africa al año siguiente; pero en 1842, siendo ya mariscal de campo, volvió á Argelia, consiguiendo nuevos é importantísimos triunfos. Después de la revolución que derribó del trono á su padre, y á consecuencia de la expulsión que á ella siguió, establecióse en Inglaterra, desde donde al estallar la guerra franco-prusiana solicitó que se le reintegrara en el ejército francés, petición que no fué contestada: en las primeras elecciones del gobierno de la República fué elegido diputado por el departamento del Oise, y al día siguiente de derogada la ley de destierro volvió á Francia, siendo en 1872 repuesto en la escala activa del ejército y nombrado en 1873 presidente del Consejo de guerra que juzgó al mariscal Bazaine. Confiósele en aquel mismo año el mando del 7.º cuerpo, cargo del que fué relevado en 1879; en 1883 fué declarado de reemplazo y en 1886 expulsado nuevamente y borrado del escalafón por el general Boulanger. Poco después de su expulsión hizo á la Academia Francesa, de la que formaba parte desde 1871, donación del magnífico castillo de Chantilly con todos sus tesoros artísticos, tierras y dependencias. Gracias á las reiteradas peticiones del Instituto, el decreto de expulsión fué revocado, y el duque volvió á habitar el castillo, cuyo usufructo habíase reservado.

Enrique Eugenio Felipe Luis de Orleans, duque de Aumale, era el cuarto hijo de Luis Felipe y nació en París el 16 de enero de 1822; ha muerto en Zucco, posesión de Sicilia, en la que solía pasar tres ó cuatro semanas todos los años. Además de general ilustre fué escritor notable, habiendo escrito, entre otros trabajos, una *Historia de los príncipes de Condé*, y varios estudios sobre el *Cautiverio del rey Juan* y el *Sitio de Alesia*. Era gran cruz de la Legión de Honor.

Terminaremos esta ligera noticia biográfica refiriendo dos anécdotas interesantes.

El general Bazaine trataba de excusar ante el Consejo de guerra la rendición de Metz: «Caído el imperio, destruido el ejército — decía — ¿qué quedaba?» — «Quedaba la Francia,» contestóle el duque.

En cierta ocasión, haciendo los honores del castillo de Chantilly, enseñaba á sus visitantes un dibujo de Detaille en que él, con la espada levantada, mandaba una carga de caballería. El artista había puesto delante de la figura del duque á cinco ó seis jinetes. «¡Hermoso dibujo!» exclamó uno de los que lo contemplaban. — «Sí, respondió el duque; pero debo oponerle un reparo desde el punto de vista biográfico: durante mi vida militar he dirigido muchas cargas; pero en ninguna había nadie delante de mí; siempre estuve en la primera fila.»

Juegos florales de Barcelona de 1897. — El eminente poeta Francisco Matheu y Fornells. — La reina de la fiesta Srta. D.ª María Oller. — La fiesta de los Juegos Florales es una de las más típicas de Barcelona: palenque de las letras catalanas, á él acuden, así los poetas con-



LA SRTA. D.ª MARÍA OLLER,
reina de los Juegos Florales (de fotografía de Audouard)

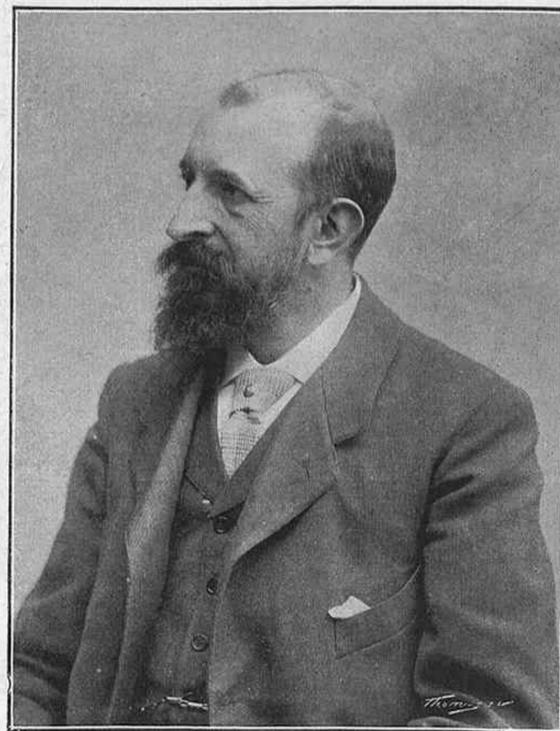
sagrados tiempo ha como tales y en el mundo literario conocidos, como aquellos que ansiosos de la gloria literaria hallan en ese certamen ocasión de subir los primeros peldaños de la escala que al palacio de aquella conduce. El Sr. Matheu pertenece ya al número de los antiguos, y no por su edad, sino porque entró en las lides literarias muy pronto, y muy pronto también consiguió en ellas brillantes victorias é inmarcesibles laureles: las cuerdas de su lira responden á los más encontrados sentimientos, y si vibran enérgicas cuando entonan viriles acentos patrióticos, suenan dulcísimas cuando se mueven á impulsos de afectos delicados. El renacimiento catalán debe mucho á Francisco Matheu, pues no sólo ha aportado á la literatura regional un valioso caudal literario, sino que además ha sido uno de los fundadores de *La Renaixensa* y ha sostenido y dirigido durante muchos años *La Ilustración Catalana*. En la fiesta del presente año ha obtenido la flor natural con sus *Tardantas*, colección de poesías amorosas llenas de melancólica pasión, escritas en forma irreprochable y abundantes en bellísimas imágenes. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que hoy se honra publicando su retrato, le envía su aplauso y su felicitación más entusiasta.

Con el retrato del Sr. Matheu publicamos el de la reina de la fiesta por éste elegida, la bella Srta. D.ª María Oller, hija del eminente novelista catalán.

Conversación, cuadro de José de Pando (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). — Es el Sr. Pando uno de los pintores sevillanos que, formando parte del núcleo artístico que reside en la reina del Guadalquivir, más honra con sus producciones á la ciudad que le vió nacer. Su cuadro titulado *Conversación*, tan bien dispuesto como pintado, revela un progreso, significa un adelanto, pues aun siendo igual la factura, nótase mayor seguridad y amplitud que en otras producciones, todas por cierto tan recomendables como la que, después de haber sido premiada en la primera Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1891, figura hoy en el Museo Municipal.

Por la patria, cuadro de Ricardo López Cabrera (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). — Cuadro por desgracia repetido en los hogares de nuestra patria es el representado en el lienzo del Sr. López Cabrera. La angustiosa aflicción que produce la separación de los que parten para combatir en defensa de la patria, podía servir de asunto á nuestros artistas para ejecutar obras sensacionales. Así lo ha comprendido el autor del lienzo reproducido en este número, quien ha logrado ejecutar una hermosa obra que hace presentir la realidad, página sentida de la historia contemporánea, cuadro de género y concepto modernísimo que responde á las corrientes actuales, y que nos da á conocer un drama íntimo, un efecto psicológico, trasunto de lo real y reflejo de lo observado.

La ejecución guarda relación con el concepto. Si López Cabrera siente como artista, demuestra lo que vale como pintor.



FRANCISCO MATHEU Y FORNELLS,
poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales
(de fotografía de Audouard)

Labor, cuadro de José Tova Villalba (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). — Bien comienza el joven pintor sevillano Sr. Tova Villalba, puesto que su cuadro titulado *Labor* es una bella manifestación de la pintura moderna, sin que incurra por ello en las exageraciones á que se han entregado aquellos á quienes alcanzó el contagio transpirenaico. Todo en el lienzo tiene marcado carácter español, sin que pueda censurar la crítica las minucias de ejecución ni la disposición de las grandes manchas que sólo sirven en algunas obras para ocultar incorrecciones y salvar dificultades.

Siga el Sr. Tova Villalba por tan buena senda, en la seguridad de que ha de obtener honra y provecho.

Pasado y presente, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). — Vida, juventud y belleza: frío, amarguras y ancianidad. En la humana criatura reproducido el contraste de la naturaleza. Botones, capullos y flores; hojas secas, troncos sin savia y polvo. El constante trabajo de renovación manifestado en todos los seres. La nueva vida brotando junto á las muertas cenizas.

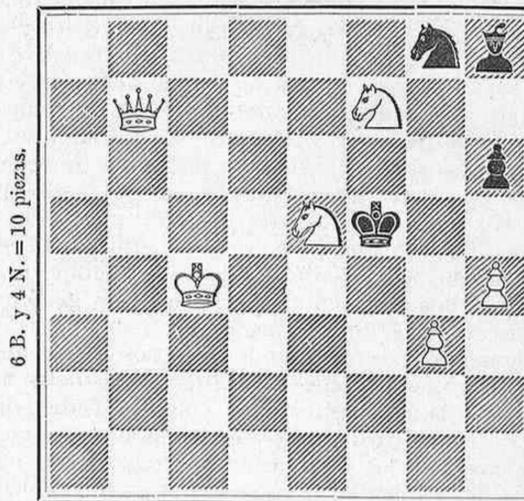
Tal ha sido la idea que se ha propuesto representar el discreto pintor Sr. Alperiz. La primavera y el otoño, el pasado y el presente de la humana existencia. A lo lejos la gentil pareja forjando ilusiones, presintiendo dichas: cerca, los dos ancianos agobiados por sus pesadumbres.

Bella resulta la composición y elevado el concepto que la inspira, gallardamente desarrollado, cual cumple al buen nombre de su autor y de la escuela sevillana á que pertenece.

El Angel de la Guarda, dibujo de Guillermo Schade. — La bellísima composición del celebrado dibujante alemán Guillermo Schade da forma á uno de los símbolos más sentidos de nuestra religión. No hay madre que no encomiende á su hijo á la protección del Angel de la Guarda y que no haga recitar al niño alguna plegaria implorando su amparo. Y el niño se duerme tranquilo, seguro de que aquél velará su sueño y apartará de su lado á cuantos enemigos le acechen, y cree sentir el suave roce de sus alas que le arrulla y el dulce contacto de sus dedos que cierra sus párpados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 69, POR J. TOLOSA Y CARRERAS
NEGRAS



BIANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 68, POR J. CARBÓ

Biancas.

1. C6 AD
2. P5 D, ó C mate.

Negras.

1. Cualquiera.



Patio del castillo del Sr. Gnadewitz

ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)

Sabina, aquello era el asta, varias veces secular, donde ondeaba la orgullosa bandera de los Gnadewitz... ¿Podría la pobre familia encontrar un refugio detrás de los árboles que encerraban las ruinas del antiguo castillo? ¿Podrían los padres de Isabel reposar al fin en su hogar sus pies fatigados por su carrera errante á través de un mundo indiferente, cuando no se había mostrado hostil?

Sus miradas se fijaban también á veces en el patio; pero ya no se veía allí á la joven muda, que tampoco se había presentado á la hora de almorzar, y que parecía evitar cuidadosamente toda relación con la familia de su bienhechor, lo cual contrastaba á Isabel. El relato de su tío había producido en ella alguna impresión; pero un corazón joven no renuncia fácilmente á sus ilusiones; más bien se deja convencer viendo sus pompas de jabón evaporarse en el aire, que escuchando los consejos y razonamientos dictados por la experiencia de los viejos. Aquella hermosa joven, que por voluntad propia había sellado sus labios para sepultar su secreto, parecía doblemente interesante, y se perdía en conjeturas novelescas sobre las causas de aquel mutismo misterioso.

IV

No tardaron mucho los comensales en despachar el almuerzo, porque la impaciencia era general y la curiosidad de todos estaba muy excitada. Terminado aquél, Sabina fué á buscar una pipa, rellena ya de tabaco, y se la presentó á su amo con un fósforo encendido.

— ¿En qué piensas, Sabina?, preguntó el guardabosque con tono de reprensión cariñosa. ¿Crees tú que me sería posible fumar tranquilamente cuando veo los piecitos de mi sobrina agitarse impacientes en el suelo? Bien ves que no puede estar quieta, por lo mucho que desea trepar allá arriba para inventariar las magnificencias de ese castillo encantado... No, no fumaré. Vamos, ya es hora de emprender nuestro viaje de exploración.

Todos hicieron sus preparativos; el guardabosque ofreció el brazo á su cuñada, y la familia cruzó el patio y el jardín, agregándose á ella un hombre: era un albañil del pueblo inmediato, á quien se había enviado á buscar para que prestase auxilio en caso necesario, ó para ver qué era más urgente en materia de reparaciones posibles.

Era preciso franquear una pendiente bastante rápida á través del bosque; pero el camino, angosto en un principio, ensanchábase gradualmente para desembocar al fin en un pequeño claro, detrás del cual se elevaba un edificio alto con muros de color gris.

— Tengo el honor y el placer de mostrarte en todo su esplendor, dijo el guardabosque á su hermano, el

legado que tu familia debe á la grandeza de alma del difunto Sr. de Gnadewitz. ¡Paz á su alma!.. si es que la tenía... lo cual me he permitido poner en duda muchas veces.

Se habían detenido ante un muro inmenso que parecía una mole de granito transportada allí por un pueblo de gigantes; era imposible distinguir los edificios que se elevaban detrás de su égida, pues el bosque, desarrollándose en libertad, lo había invadido y cercado todo. El guardabosque echó á andar á lo largo de aquel muro interminable, cuya base estaba oculta por la maleza, y detúvose al fin delante de una puerta enorme de encina maciza, cuya parte superior terminaba por una verja de hierro, y que el día antes había mandado despejar, y sacó de su bolsillo un manojo de llaves, que la señora Ferber había recogido á su paso por la ciudad de L...

Fué necesario recurrir á los esfuerzos reunidos de los tres hombres antes de que se consiguiese hacer funcionar el pasador de las cerraduras y mover los enormes cerrojos de la puerta; pero al fin ésta rechinó sobre sus goznes enmohecidos, y al entreabrirse levantó una nube de polvo espeso y sofocante. Los visitantes penetraron en un patio flanqueado de construcciones por tres de sus lados. Enfrente de ellos elevábase la imponente fachada del castillo; una ancha escalera de piedra con sólida balustrada de hierro forjado conducía al primer piso; y en toda la longitud de las alas laterales se corría una elegante columnata, cuyos capiteles y ojivas parecían triunfar del tiempo y de sus rigores.

En medio del patio algunos añosos castaños extendían sus ramas sobre un inmenso estanque, en cuyo centro veíanse cuatro leones de granito, que estaban allí siglos hacía, con las fauces abiertas. En otro tiempo sirvieron sin duda de conducto á las corrientes que brotaban del seno de la tierra, pero de aquella abundancia sólo quedaba un hilo de agua que se deslizaba entre los dientes descantillados de uno de los cuadrúpedos de piedra; para regar después algunas matas que crecían entre las baldosas del estanque... único y melancólico vestigio de vida que se revelaba en aquel desierto poblado de ruinas. Las paredes exteriores de los edificios y la columnata de las alas eran los únicos puntos en que la



Sabina fué á buscar una pipa

del cuello de ese rapazuelo, que no aparta la vista del armario donde mis carabinas reposan, y almorcemos. Después descansaréis de vuestro largo viaje, y cuando hayamos comido, podremos dirigirnos hacia el castillo de Gnadewitz. Bueno sería que tratarais de dormir un poco antes de emprender el paseo. También debéis preveniros anticipadamente para no quedar deslumbrados ante las magnificencias que sin duda contiene el castillo que tan generosamente os legó el Sr. de Gnadewitz.

Siguiendo este consejo, los esposos Ferber durmieron la siesta después de almorzar; Ernesto los imitó de la mejor gana, y en cuanto á Isabel, dijo que no estaba cansada en lo más mínimo, por la sencilla razón de que había nacido infatigable, y se ocupó en desenvolver algunos paquetes á fin de colocar los objetos más indispensables en la habitación destinada á sus padres. De vez en cuando interrumpía su trabajo para dirigir una mirada de satisfacción á la montaña cubierta de sombra que se elevaba casi á pico detrás de la casa forestal. Allá arriba, en el punto culminante de la cumbre más alta, veía elevarse una ligera línea negra... Según lo que le había dicho

mirada se podía fijar sin desaliento. Los marcos de las ventanas, despojados de sus vidrios, permitían ver en el interior una vetustez desesperante; en algunas habitaciones faltaba completamente el techo, y en otras el suelo presentaba una curva que infundía inquietud, pues hacía temer que un solo paso, un pequeño movimiento determinaría un espantoso hundimiento definitivo. La escalera exterior continuaba después de una notable interrupción; algunos de sus venerables peldaños parecían haberse desprendido recientemente y habían rodado hasta el centro del patio.

— Nada se puede hacer aquí, dijo Ferber. Sigamos adelante.

Pasaron por debajo de una alta bóveda sombría y encontraron en un segundo patio más grande que el anterior, pero que producía una impresión mucho más penosa, debida en parte á su irregularidad. Aquí se prolongaba una construcción angulosa, destinada aparentemente á proteger todo un lado del patio contra la acción del sol, y más allá elevábase una alta torre que proyectaba densa sombra sobre la otra parte del edificio. Ningún rumor interrumpía el silencio solemne que allí reinaba... Una corneja gris volaba silenciosamente sobre aquel espacio; y los visitantes, cuyos pasos eran lo único que turbaba aquella paz melancólica, no pudieron menos de experimentar una angustia supersustitiosa.

— ¡He ahí, dijo Ferber, conmovido ante el aspecto de aquellas ruinas, todo cuanto queda de un pasado que se calificó de glorioso por los que en este recinto vivieron! Los poderosos señores de esta tierra habían hecho acarrear hasta aquí moles de granito á fin de construir para siempre esta cuna de su raza... ¡Y habían edificado sólidamente con la esperanza y la convicción de que su morada y su nombre pasasen á la más remota posteridad, atestiguando de siglo en siglo su grandeza y poderío!.. Cada generación, añadió Ferber, examinando las construcciones de estilo tan diferente, ha querido agregar alguna cosa al cuerpo de edificio principal, como si todo eso no debiera concluir jamás.

— Y sin embargo, dijo el guardabosque, cada uno de esos poderosos señores no ha sido más que un dueño efímero de lo que creía poseer..., pero sigamos adelante... ¡Uf!.. Todo esto me hiela... ¡Aquí está la muerte..., nada más que la muerte!..

— ¿Llamas tú á eso la muerte, tío?, exclamó de pronto Isabel, que hasta entonces había examinado silenciosamente la triste herencia del Sr. de Gnadewitz. ¿Llamas tú á eso la muerte?, repitió, señalando con el dedo una bóveda en parte oculta por un pilar.

Allí, detrás de una puerta enrejada, extendíase un magnífico prado, y algunos jóvenes agavanzos elevaban sus cabezas detrás de la verja, como pobres prisioneros solicitando su libertad.

Isabel se encaminó corriendo hacia la puerta, y á fuerza de sacudidas logró abrirla en parte. Aquel espacio, bastante extenso, ante el cual se había detenido, pudo ser en otro tiempo el jardín del castillo; mas este nombre no le correspondía ya por ningún concepto, pues no se veían en él senderos ni calles de árboles. Acá y allá divisábanse la cabeza ó los miembros de alguna estatua rota, que se elevaba entre los arbolillos degenerados, que habían vuelto al estado salvaje, y entre las ortigas, las grandes malvas y las matas de hierbabuena. Algunos árboles frutales y varios tilos añosos alzaban sus copas sobre los modestos arbustos, y en una pequeña eminencia divisábanse los restos de un pabellón.

Dos lados del jardín estaban flanqueados de edificios, y el cuadro se completaba con una especie de muro por encima del cual los árboles del bosque parecían mirar curiosamente lo que pasaba en la mansión de los hombres. Las construcciones tenían también aquí el sello de la vetustez..., eran paredes muy sólidas en el exterior, que encerraban habitaciones del todo ruinosas. Únicamente un cuerpo de edificio, estrechado entre dos alas y de un solo piso, llamó en particular la atención de los visitantes; la luz diurna no se filtraba en aquél, como en los otros edificios, á través de sus tejados, de sus puertas y ventanas; el techo, plano, sostenido en cada extremidad por grandes piedras, se había librado de los destrozos del tiempo, y las ventanas no parecían estar en muy mal estado.

El guardabosque, tomando al punto la palabra, declaró que aquel edificio era indudablemente el que Sabina había citado, aquel que servía para alojar á varios huéspedes del castillo nuevo, por lo cual había alguna probabilidad de que el interior fuera, si no

habitabile, por lo menos pasadero; mas en esto estribaba precisamente la cuestión. Por el aspecto, aquel cuerpo de edificio no parecía accesible, puesto que no había el menor vestigio de escalera ni de puerta alguna que á él condujese, aunque ciertamente las malezas eran tan altas y espesas que ocultaban por completo el piso bajo y las salidas que en él debía haber. En su consecuencia se resolvió subir por la escalera de piedra, bastante sólida aún, que se veía cerca de una de las alas, y procurar dirigirse, á través de las ruinas y de los escombros, hacia el edificio que representaba la única esperanza de la familia. Así lo hicieron, no sin dificultad, y los visitantes penetraron primeramente en una vasta sala, sin más techo que la bóveda del cielo, ni más adornos que varias matas de alhelies silvestres que crecían en lo más alto de las paredes. Escombros de toda especie, en los cuales se veían aún vestigios de algunas pinturas, obstruían



... vieron á Sabina, que salía á su encuentro con Ernesto

los suelos hundidos; después seguía una serie de habitaciones en el mismo estado de devastación, y de algunas paredes pendían aún varios retratos de familia bastante deteriorados. Por último llegaron ante una alta bóveda, cerrada por un muro de ladrillos.

— ¡Ah, ah!, exclamó Ferber; he aquí lo que prueba que se ha querido aislar y de consiguiente preservar el cuerpo de edificio en que tratamos de introducirnos; pienso que lo más acertado sería averiguar por lo pronto qué ocultan esos ladrillos.

La proposición fué aprobada, y el albañil, poniendo manos á la obra, descubrió á poco un nicho profundo, asegurando que allí había una doble pared. Los dos hombres le ayudaron con todas sus fuerzas, y muy pronto apareció una sólida puerta de encina que no estaba cerrada con llave y cedió fácilmente á los esfuerzos que se hicieron para abrirla, dando paso á una habitación oscura y nauseabunda, donde un fino rayo de sol, que pasaba al través de una grieta, era lo único que indicaba la dirección de la ventana. Esta última, cerrada durante tan largo tiempo, resistió á los esfuerzos que se hicieron para abrirla, tanto más poderosamente cuanto que á ello contribuían las ramas de los árboles que habían crecido fuera del edificio y delante de las ventanas... Al fin cedió, produciendo un sordo gemido, y la luz dorada del sol inundó la estancia. Entonces se vió la alta ojiva y una habitación no muy grande, pero de bastante fondo, cuyas ventanas estaban guarnecidas de tapicerías de los Gobelinos y en cuyo techo veíanse pintadas en los cuatro ángulos las armas de los Gnadewitz. Con asombro y alegría de todos se observó que la habitación estaba completamente amueblada para servir de alcoba. Dos camas con pabellón y cortinajes descoloridos estaban arrimadas á las dos paredes principales, con sus colchones cubiertos de finas sábanas y sus colchas de seda picadas, las cuales no habían perdido al parecer nada de sus colores y solidez. Todo cuanto se considera indispensable para la comodidad de la gente rica hallábase allí, cubierto de una espesa capa de polvo, pero en buen estado. Con esta habitación se comunicaba otra mucho más grande, que recibía la luz por dos ventanas y estaba provista de muebles antiguos, pertenecientes á las épocas más diversas. Un gabinetito, amueblado también, se unía con este aposento y completaba la habitación; este gabinetito conducía á un vestíbulo, al que se llegaba

por una escalera. Detrás de esas estancias había tres cuartos de iguales dimensiones, cuyas ventanas daban al jardín; uno de ellos, con muebles de madera de pinabete, estaba destinado evidentemente para servir de alcoba á los criados, y contenía dos camas.

— ¡Mil millones de tiros!, exclamó el guardabosque en el colmo de la alegría y de la sorpresa; no esperaba lo que estamos viendo! He aquí una herencia, como no nos hubiéramos atrevido á soñarla...

— Pero ¿podemos conservar todo eso?, preguntaron á la vez la señora Ferber é Isabel, que se habían dejado llevar hasta entonces de una extremada alegría.

— Sin duda alguna, querida esposa, contestó Ferber; el castillo ha sido legado *con todo cuanto contenía*...

— Sí, murmuró el guardabosque entre dientes, porque creían que no contenía nada...

— Esto parece verdaderamente un cuento de hadas, dijo la señora Ferber, abriendo un magnífico armario de cristales, lleno de preciosas porcelanas. Y si en otro tiempo, cuando pensaba con tanta ansiedad en el porvenir..., sobre todo el de los niños, mi pariente me hubiera dejado una hermosa herencia, no sé si habría sido más feliz que lo soy en este momento en presencia de los descubrimientos que nos libran de angustiosos apuros y de apremiantes dificultades.

Isabel se asomó á la ventana de la primera habitación y procuró apartar las gruesas ramas que obstruían toda la abertura, comunicando al exterior una densa obscuridad...

— ¡Es lástima, dijo, al reconocer la inutilidad de sus esfuerzos, hubiera sido tan agradable ver un poco el bosque!

— ¿Y crees tú, exclamó su tío, que la seguía, que os dejaré vivir detrás de ese muro de verdura, que os roba el aire y la luz? Hoy mismo quedará eso convenientemente arreglado, y voy á dar las órdenes necesarias.

Bajaron por la escalera interior que se hallaba en bastante buen estado y conducía á una gran sala cuadrada, en cuyo centro se veía una mesa circuida de sillas de alto respaldo; las paredes y el techo estaban revestidos de tableros de encina con curiosas y artísticas esculturas. Esta gran sala tenía además de sus cuatro ventanas dos puertas: una conducía al jardín; la otra á una pequeña pradera

situada entre los edificios y el muro exterior. Allí florecían las jeringuillas y los alhelfes. Una última sorpresa, y no la menos importante, esperaba á la familia: en la extremidad del prado había una sólida puertecilla que daba salida al camino que cruzaba el bosque.

— ¡He ahí, exclamó Ferber, muy complacido, lo que desvanece mis últimas inquietudes. Esa puerta vale mucho, porque nos dispensa de abrir un paso á través de las ruinas del castillo, lo cual hubiera sido enojoso, y hasta arriesgado...

Después de visitar una vez más la morada tan milagrosamente descubierta, discutióse en familia la instalación definitiva, y el albañil prometió volver al día siguiente para convertir en cocina uno de los aposentos posteriores.

De regreso ya á la casa forestal, vieron á Sabina, que salía á su encuentro con Ernesto, confiado á su vigilancia. Inspirábase suma curiosidad conocer el resultado de la exploración practicada, y después de conducir á todos á la mesa, colocada debajo de las hayas y cubierta con un mantel muy blanco; después de haber servido el café con leche, quiso que le refriesen detalladamente los pormenores de la visita al castillo. De vez en cuando elevaba al cielo sus manos unidas, bajo un impulso de alegre sorpresa.

— ¡Ya ve usted, señor, que yo tenía razón!, exclamó. ¡Oh!, sí, todo eso quedó olvidado allí dentro, y no hay motivo para extrañarse. Cuando el joven señor de Gnadewitz fué enterrado, su padre, que había perdido por completo la cabeza, huyó de allí llevándose consigo todos los criados y dejando tan sólo al viejo Siber como guardián de su morada; pero éste no tenía el juicio cabal, y adoptó las más absurdas precauciones para conservar lo que el edificio contenía. Sin duda él fué quien mandó amurallar la puerta del edificio.

Mientras comían tranquila y alegremente, Isabel dijo que nada le parecería más hermoso en el mundo que oír desde el antiguo castillo las campanas del pueblo inmediato cuando anunciaran la fiesta de Pentecostés, y como su madre participara de la misma opinión, se acordó que cada cual pusiera manos á la obra animosamente para preparar la habitación de manera que pudieran ocuparla en la noche de la víspera de Pascua. El guardabosque prometió emplear todos los hombres que tenía á sus órdenes para des-

pejar y limpiar las inmediaciones del edificio, y encargóse de instalar á la familia en el plazo apetecido.

Sabina se había sentado en un banco de césped, no lejos de la mesa, á fin de oír las órdenes que pudiesen darla; y para no estar ociosa del todo, había cogido algunas zanahorias y ocupábase en pelarlas. Isabel fué á sentarse junto á ella, y entonces la anciana fijó una mirada picaresca en los finos y blancos dedos de la joven, que ésta colocó junto á las manos curtidas y rugosas de la sirvienta para ayudarla en su trabajo.

— No, no, dijo Sabina sonriendo, deje usted eso, porque esta ocupación no es propia para usted; se le pondrían los dedos amarillos.

— Poco me importa, contestó Isabel riéndose, quiero ayudar á usted, y entretanto me referiré historias... ó cuentos. Usted ha nacido en este país, y debe conocer todos los sucesos ocurridos en el antiguo castillo.

— ¡Si los conozco!, exclamó la anciana sirvienta. La aldea de Lindhof, en donde nací, pertenecía desde tiempo inmemorial á los Sres. de Gnadewitz, y adviérta usted que en las localidades reducidas — y hasta, según se dice, en las ciudades más grandes, — todo el mundo se preocupa de los actos y ademanes de los señores; se refieren los menores hechos; no se ignora nada de cuanto sucede en la casa señorial; y esos relatos, transmitiéndose como una herencia de generación en generación, se aumentan con todos los incidentes particulares, que cada cual ha tenido más ó menos ocasión de conocer... Y los años pasan..., y mucho tiempo después de muertos los señores, todavía las jóvenes y los muchachos del pueblo refieren su historia.

Yo he conocido á mi abuela, que era ya muy vieja cuando yo vine al mundo..., y con esto quiero decir que había visto tiempos muy remotos... ¡Pues bien: ella sabía cosas que hacían erizar los cabellos! Y sin embargo, profesaba el más santo y profundo respeto á los Sres. de Gnadewitz, y humillábase hasta tocar la tierra para saludarlos cuando pasaban. Estaba enterada del nombre y de la historia de cada uno de los individuos de la familia de los Gnadewitz; sabía todo cuanto había ocurrido allá arriba, y entre las cosas de que se acordaba contábanse no pocas que no estaban conformes con los mandamientos de Dios, ni con los deberes que tenemos unos para otros.

Muchos años más tarde, cuando entré á servir en el castillo nuevo, encargándome, entre otras cosas, de la limpieza de las grandes salas, en las que estaban todos los retratos de aquellos poderosos personajes, con frecuencia me detuve á contemplarlos, y no podía menos de admirarme cuando observaba que no tenían nada de particular, que se parecían á los demás hombres, y que á pesar de ello se consideraban tan superiores á sus semejantes que no parecía sino que eran enviados por el mismo Dios á este mundo. Ni siquiera las mujeres se distinguían por una belleza notable, lo cual se explica porque los señores las elegían por sus considerables bienes y sus nombres ilustres y de ningún modo por la hermosura física y la bondad de su alma. Yo era tan sencilla y tan necia, que me decía algunas veces: «La bella Elisa, que es la joven más linda del pueblo, parecería mucho mejor en ese magnífico marco dorado, con ese rico vestido de brocado de larga cola y esas numerosas joyas preciosas en el seno y en el cabello. Y seguramente que el negroto que está allí en un ángulo del cuadro, con su bandeja de plata en la mano, hubiera parecido aún más negro y más extraño junto á Elisa, que es blanca como la nieve...» Mi necedad era tanto mayor cuanto que la familia se mostraba particularmente engreída de aquella dama, hija de un conde soberano, y que había llevado á la familia de los Gnadewitz una fortuna inmensa..., pero también un gran caudal de altivez, de soberbia y de dureza, habiendo dejado en el país el recuerdo de un alma de bronce y un corazón de granito.

Entre los retratos de los señores había uno que yo miraba con mejor voluntad que á todos los demás; tenía un semblante hermoso, de expresión afable y dulce, pero con los ojos negros como el carbón... Y ese probó justamente, una vez más, que los mejores de nosotros son los que están más expuestos á sufrir en la tierra. De todos aquellos que estaban alineados en la pared cerca de él, la tradición no sabía nada, como no fuera que habían vivido poderosos y felices, y que los acontecimientos les habían favorecido siempre á medida de sus deseos. Muchos de ellos, sin embargo, ocasionaron no pocas desgracias en el mundo, lo cual no impidió que reposaran en su magnífico túmulo blasonado con las armas de la familia, que servía para los funerales de los Gnadewitz, tan tranquilamente como si hubieran vivido de una manera honrosa y caritativa... Y volviendo al retrato, aquel á quien representaba, Justo de Gnadewitz, había sido muy desgraciado. Mi bisabuela le había conocido, y

según parece, cuando era joven llamábanle el cazador salvaje, porque pasaba su vida entera en el fondo de los bosques. Su retrato le representaba con traje verde — traje de caza — y una gran pluma blanca pendiente del sombrero sobre su cabello negro, rizado y brillante... A mí me parecía sumamente bonito... A pesar de su reputación de salvaje era bueno, y la tradición refiere que jamás hizo daño á nadie. En su tiempo todo iba bien para la gente del pueblo, y todo el mundo deseaba que aquella situación no tuviera término.

Pero un día desapareció y se ignoraba lo que había sido de él, cuando de pronto se supo que había regresado durante una noche de tempestad, de lluvia y de viento... Desde aquel instante ya no fué el mismo de antes... No hizo desgraciado á nadie, pero nadie volvió á verle más... Había despedido á toda la servidumbre, encerrándose en el antiguo castillo, completamente solo, con un servidor fiel y de toda su confianza.

Este cambio hizo que la gente empezara á hablar de *magia negra* y de otras cosas por el estilo y que nadie se aventurase á recorrer la montaña, ni aun en medio del día, á la luz del sol..., y mucho menos durante la noche. Pero mi anciana bisabuela era una niña curiosa y temeraria: con la esperanza de averiguar algo extraño conducía siempre sus cabras hacia los muros del castillo, cuando un día en que estaba sentada bajo la copa de un árbol y preguntándose qué pasaría en el misterioso edificio, vió aparecer de pronto un hermoso brazo blanco, y después un rostro... ¡Oh!, pero un rostro que, al decir de ella, era más hermoso que el sol, la luna y las estrellas... Y de repente una joven saltó sobre el apoyo del muro, levantó los brazos al cielo y profirió una exclamación... Después, muy poco faltó para que se precipitara en el agua profunda que corría entonces alrededor del castillo, y en la cual se hubiera ahogado infaliblemente... Pero hete aquí que de improviso apareció detrás de ella Justo de Gnadewitz, el cual, poseído de ansiedad, luchó con ella, le suplicó y conjuró con tan tiernas palabras que hubiera enternecido á las mismas piedras... Después arrebatóla en sus brazos como si hubiera sido una niña y los dos se alejaron. El velo que la joven llevaba se desprendió de su cabeza, y empujado por el viento fué á caer cerca de mi bisabuela... Era una blonda magnífica, y la niña, muy contenta, se la llevó á su padre; pero éste, sobrecogido de espanto, le arrojó al fuego en el acto, pensando que habría algún hechizo en todo aquello, y prohibió á la joven volver más á la montaña ni rondar alrededor del castillo.

Más tarde..., como un año después de aquel incidente, y cuando Justo de Gnadewitz seguía allí arriba llevando una existencia tan solitaria y misteriosa, se le vió bajar un día del castillo; iba montado en su caballo favorito, y habíase producido en él un cambio tan prodigioso que con dificultad se le podía reconocer. Su palidez resaltaba más aún por su traje completamente negro, como si vistiera de riguroso luto. Cabalgaba muy despacio, y devolvía un triste saludo á los que, al encontrarle, se apresuraban á descubrirse ante su señor... Así marchó, y no se le volvió á ver jamás... Dícese que fué muerto en una batalla, juntamente con su fiel servidor... Es muy posible, porque entonces estábamos en la época de la guerra de los Treinta años.

— ¿Y la joven?, preguntó vivamente Isabel.

— ¡Ah, sí!. Pues bien: nadie supo jamás nada de lo que á ella se refería... Justo había depositado en la casa ayuntamiento de L... un gran paquete sellado, diciendo que allí estaban contenidas sus últimas voluntades, y ordenando que se tomara conocimiento de ellas apenas se recibiera la noticia de su muerte... Pero en aquella época hubo un terrible incendio en la ciudad de L...; muchas casas, incluso la del ayuntamiento, y hasta la iglesia, quedaron destruidas por la conflagración, y como es de suponer, el paquete sellado con las armas de Gnadewitz, se quemó con todo lo demás.

Asegúrase que poco antes de su desaparición, Justo había sido visitado con bastante frecuencia por el cura de Lindhof; pero éste no dijo nunca nada que pudiera explicar cuáles habían sido sus relaciones con el Sr. de Gnadewitz..., y como aquél era viejo y no tardó en morir, se llevó consigo el secreto de lo que había averiguado en el castillo... De aquí resulta que nadie en el mundo pudo averiguar jamás cuál había sido la suerte de la joven; y el secreto seguirá siendo impenetrable hasta el fin de los siglos.

— ¡Vamos, no tengas reparo, Sabina!, exclamó el guardabosque con su tono jovial. ¿Por qué ocultas tu verdadero pensamiento? ¿No se ha de acostumbrar á Isabel á la inevitable conclusión de todas tus historias?... Dile, pues, porque tú lo sabes y estás segura de ello, que la joven se fué volando por los aires en

un palo de escoba, y que todo el pueblo la vió cruzar á través de las nubes, dirigiéndose al aquelarre.

— No, señor, contestó Sabina muy gravemente; no digo eso, porque no estoy segura de ello y porque ni siquiera lo creo así.

— ¡No jures!.. ¿Acaso no hay, según tú, muchos casos de estos?... Sí, sí, añadió el guardabosque, volviéndose hacia la familia; Sabina es de la verdadera raza de Turingia, que tiene buen sentido, clara inteligencia, bastante despierta, y el corazón bien puesto; pero cuando la brujería interviene, mi sirvienta pierde todas esas cualidades; ya no es más que una anciana de inteligencia débil y crédula, y sería capaz de rechazar á una pobre mujer que pidiese en la puerta un pedazo de pan, si viera que tenía los ojos colorados, y según ella, aspecto poco tranquilizador.

— ¡Oh, señor!, exclamó el ama con expresión de tristeza y escandalizada. ¿Cómo puede usted decir tales cosas? ¡Yo rehusar un pedazo de pan! ¡Jamás! Ni aun á la que me pareciese bruja, en fin, una mujer dudosa. No, señor, yo le daría de comer; pero haría la señal de la cruz sin contestar palabra, cosa que nadie puede censurarme.

Todos se rieron de la mejor gana de aquel remedio empleado contra la brujería y los sortilegios; pero el ama de gobierno, sin perder su gravedad ni hacer caso de tales risas, levantóse, sacudió de su delantal las raspaduras de las zanahorias y fué á preparar la cena.



la mañana siguiente, cuando despertó Isabel, el gran reloj rústico del piso bajo daba las ocho, probando así á la joven de la manera más perentoria y desconsoladora que había dormido demasiado tiempo. No era culpa suya, sino de un sueño que había tenido al amanecer. El soplo poético y novelesco que agitara su cerebro durante la narración de Sabina en la víspera, habíase convertido durante la noche en aire tempestuoso que acumuló á su alrededor espesas nubes, las cuales pesaban sobre ella aun después de haberse despertado... Isabel había recorrido mentalmente con angustia las vastas salas del antiguo castillo, siempre perseguida por Justo de Gnadewitz, cuyo cabello negro se erizaba de espanto en torno de su pálido rostro y que le suplicaba con sus grandes ojos sombríos... Presa de un terror desconocido, había alargado las manos para rechazarle, cuando se despertó de pronto... Su corazón latía aún; pensaba con un sentimiento compasivo en la infeliz que se había precipitado sobre la muralla, buscando sin duda la muerte, perseguida en realidad, como ella en sueños, y cogida al fin por aquel Justo de Gnadewitz en el momento en que iba á escapar de él, aunque fuese al precio de su vida.

Isabel saltó del lecho y se asomó á la ventana que daba al patio. Sabina, sentada bajo un peral, preparaba manteca, rodeada de todas las aves del corral que picoteaban las migajas que de cuando en cuando aquélla les arrojaba.

Cuando la mirada de Isabel se encontró con la de la anciana, ésta dijo á la joven que á las seis todos se habían ido al antiguo castillo; y como Isabel se quejara de que no la hubieran despertado, la anciana añadió que así lo había dispuesto la señora Ferber, deseosa de que su hija descansara de las fatigas de los pasados días.

La amistosa expresión del rostro de Sabina y la dulce frescura de la mañana calmaron al punto los nervios agitados de Isabel, desvaneciendo todo vestigio de su sueño. Entonces concentró sus recuerdos y díjose que su pesadilla había sido el justo castigo de su desobediencia; pues á pesar de las recomendaciones de su tío, había permanecido hasta media noche apoyada de codos en la ventana, sin poder separar su mirada de las profundidades del bosque silencioso, iluminado por la luna. Se vistió rápidamente; apuró de prisa un gran vaso de leche, que Sabina acababa de ordeñar, y se apresuró á reunirse con sus padres, muy ocupados en el antiguo castillo.

Cuando Isabel franqueó la gran puerta principal del castillo, vió junto á la fuente un montón gigantesco de zarzas y espinos, ramas de agavanzo y manojos de hierbas silvestres arrancadas. La bóveda que conducía al segundo patio estaba obstruída por ramas verdes y follaje, como si se hubiese preparado á través de las ruinas un camino destinado á un cortejo nupcial.

(Continuará)

EL INCENDIO DEL BAZAR DE LA CARIDAD
EN PARÍS

El incendio ocurrido el día 4 de este mes en París figurará entre las catástrofes más terribles del presente siglo: la fatilidad parece haber acumulado en esta ocasión todas las circunstancias propias para aumentar en grado sumo el horror del siniestro, la rapidez con que se generalizó el fuego, la ineficacia de los socorros, el número de víctimas, los contrastes trágicos y hasta el motivo de la fiesta que se celebraba, fiesta de beneficencia.

El Bazar de la Caridad, institución destinada á sostener diversas obras benéficas importantes y patrocinada por las damas de la alta sociedad parisienne, había inaugurado el día anterior su venta anual. Para dar más alicientes á la fiesta, que desde su fundación ha producido por término medio quinientos mil francos cada año, el comité organizador adquirió la calle del *París antiguo* que figuró en la Exposición del Teatro y de la Música hace poco tiempo celebrada en el Palacio de la Industria, y la instaló en un solar de la calle de Jean Goujon, graciosamente cedido por su propietario, M. Miguel Heine. Esta instalación, con fachada sobre dicha calle y limitada al lado opuesto por las paredes de las casas vecinas, quedando en medio un espacio vacío, medía 80 metros de largo por 13 de ancho, estaba cerrada por una valla de madera barnizada y cubierta con un inmenso toldo de tela.

Una concurrencia numerosa, compuesta de 1.300 personas, en la que dominaba el contingente de la aristocracia, se agrupaba delante de los mostradores, detrás de los cuales linajudas damas y bellas señoritas les vendían á peso de oro varias chucherías. El Nuncio de Su Santidad acababa de abandonar el local después de haberlo bendecido; la fiesta estaba en

su apogeo, cuando á las cuatro y veinticinco minutos sonó la terrible voz de ¡fuego! Lo que sucedió en aquel momento no puede describirse y ni siquiera los que allí estaban y lograron salvarse encuentran palabras bastante expresivas para explicarlo. El incendio prendió fácilmente en los materiales del bazar y se generalizó en menos de cinco minutos; horrible

esfuerzos para facilitar la salida de las personas que alledadas por el terror no acertaban á moverse del local, muchas de las cuales se salvaron por una ventana que sobre aquel solar se abre en la fachada del hotel del Palacio. Esta ventana, que se ve en el plano que reproducimos, estaba cerrada por cinco fuertes barrotes de hierro: la muchedumbre se agolpó á ella comprendiendo que por allí podía salvarse; entendiéndolo también así el cocinero del hotel, M. Gomery, armado de un cuchillo y desplegando un vigor que el sentimiento del deber centuplica, logró romper tres de aquellos barrotes. Entonces surgió otro peligro: aquella abertura sólo podía dar paso á una sola persona y eran centenares las que la asaltaron, pero M. Gomery, auxiliado por su ayudante, logró regularizar el salvamento, consiguiendo, gracias á su serenidad y á su energía, librar de la muerte á más de cien.

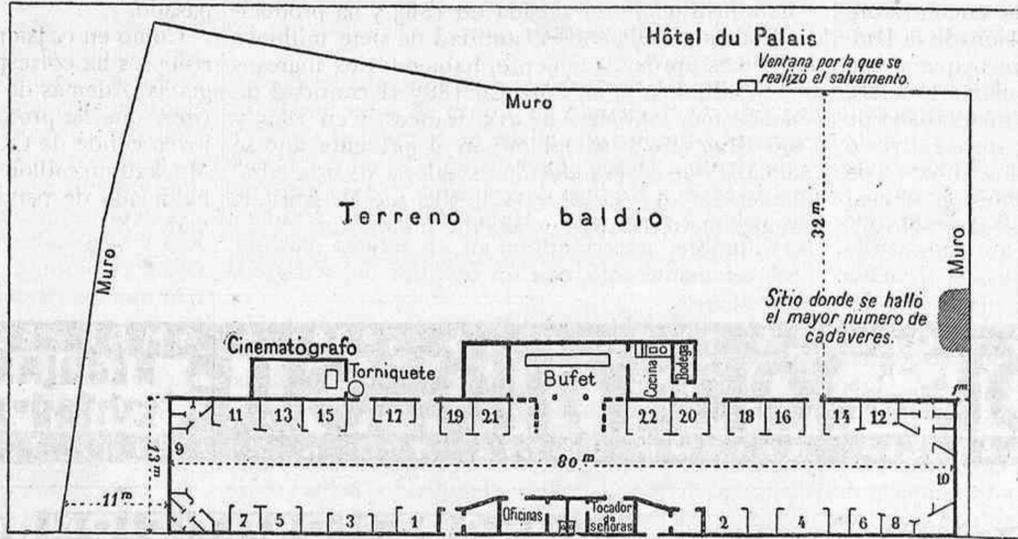
Pasado el primer momento de estupor, los heridos fueron transportados unos al hospital Beaujon, otros á varias casas vecinas y otros á sus domicilios: entre los primeros estaba la esposa del cónsul de España en París señor Flores, que falleció pocos momentos después de haber sido

conducida á aquel benéfico asilo.

Los enfermeros del citado hospital llevaron al lugar de la catástrofe sábanas para envolver los cadáveres y restos humanos, que los coches de la ambulancia depositaron en el Palacio de la Industria, en donde iban á reconocerlos las familias que habían perdido alguno de sus individuos en el espantoso siniestro. Los cuerpos identificados eran sacados de allí y transportados á sus casas en los furgones de las pompas fúnebres.

Entre las víctimas figura la duquesa de Alençon, cuya muerte ha producido impresión hondísima en el gran mundo parisienne. Entre las que milagrosamente se salvaron se cuenta la duquesa de Uzés.

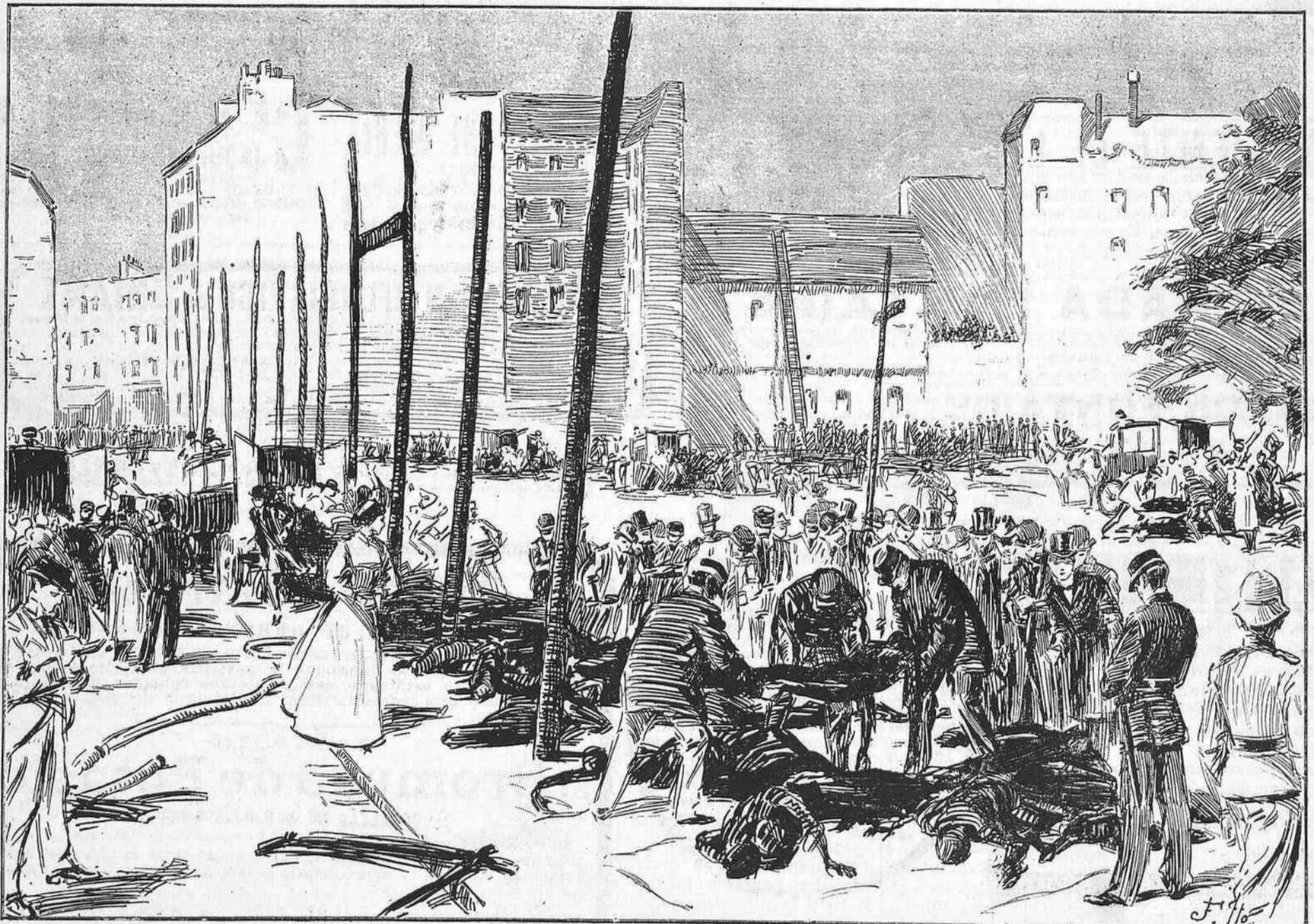
Citar los nombres de otras personas notables que



PLANO DEL BAZAR DE LA CARIDAD TAL COMO ESTABA ANTES DEL INCENDIO
(Los números indican los sitios que ocupaban los puestos de ventas)

pánico se apoderó de la multitud, que se veía rodeada de llamas por todos lados y sobre la cual caían pedazos de tela inflamados que comunicaban el fuego á los vestidos. Todos se estrujaban para ganar las puertas de salida, todos corrían azorados buscando un sitio por donde salvarse; pero la rapidez del siniestro hizo que muchísimos perecieran antes de lograr ponerse á salvo: en efecto, á los cinco minutos de haber sonado el primer grito de alarma, el bazar se hallaba convertido en un montón de humeantes ruinas, por entre las cuales asomaban cadáveres horriblemente mutilados y carbonizados restos humanos.

Esta misma circunstancia fué causa de que por muy pronto que se organizaron los socorros apenas llegaron á tiempo. Los municipales hicieron grandes



EL BAZAR DE LA CARIDAD DESPUÉS DEL INCENDIO. - Los soldados del 28.º regimiento de infantería recogiendo los cadáveres de las víctimas

fallecieron ó resultaron heridas y narrar siquiera los más salientes episodios y escenas de horror que allí se desarrollaron, exigiría un espacio de que no disponemos y nos parece, por otra parte, innecesario, dado que la prensa diaria de todo el mundo ha llenado páginas enteras con los detalles de aquella catástrofe. Sólo consignaremos un dato curioso: en la Prefectura de Policía se depositaron 84.000 objetos de los que entre las ruinas del bazar se encontraron.

La causa del incendio fué la explosión de la lámpara del cinematógrafo instalado en una pequeña sala contigua á la galería del bazar, que inflamó el toldo, convirtiéndolo instantáneamente en una sábana de fuego. El encargado de aquel aparato, apenas advirtió lo que sucedía, comunicóselo en seguida al barón de Mackau, presidente efectivo de la comisión, el cual para evitar los efectos de un pánico le dijo: «No gri-

te usted; voy á prevenir á esas señoras.» En seguida comenzó la evacuación del local, pero era demasiado tarde; el fuego, como hemos dicho, se propagó en pocos instantes y el pánico se produjo con todas sus terribles consecuencias.

Para terminar estos ligeros apuntes diremos algunas palabras acerca de la historia del Bazar de la Caridad.

Esta institución fué creada en 1885 y ha producido desde su fundación la cantidad de siete millones de francos aproximadamente, habiendo los ingresos aumentado de año en año. En 1885 la cantidad recaudada fué sólo de 123.915 francos, y en 1895 y 1896 llegó casi á un millón: en el presente año se calculaba que la recaudación excedería de esta cifra. El iniciador de esta obra caritativa fué M. Enrique Blount, que todavía es presidente honorario.

El bazar ha cambiado de local varias veces: en 1885, 1886 y 1887 las ventas se verificaron en la sala Albert-le-Grand; en 1888 la princesa Branicka cedió generosamente su hotel de la calle de Boetie; en 1889 el bazar fué instalado en el hotel de M. Enrique Say, de la plaza de Vendome; en 1890 en el número 107 de la calle de Boetie, trasladándose después al número 108, en donde estuvo hasta el año pasado.

Como en ocasiones análogas, la caridad de los parisenses ha correspondido á la magnitud de la desgracia. Además de la suscripción abierta por *Le Figaro*, que ha producido ya unos 800.000 francos, el joven conde de Castellane ha entregado al barón de Mackau un millón para compensar los ingresos que ha dejado de percibir este año el Bazar de la Caridad. — X.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA PHARMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA y Grageas de BERTOTINA BONJEAN HEMOSTATICO al mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PRIMERE DE CHANTILLY ORLÉANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indeseables; sus resultados beneficiosos se estendian á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Madaduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

SIMIENDE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
 Una cucharaca por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
 TARIN, Farmaceutico de 1^a Clase, ex-Interno de los Hospitales PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abaholes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

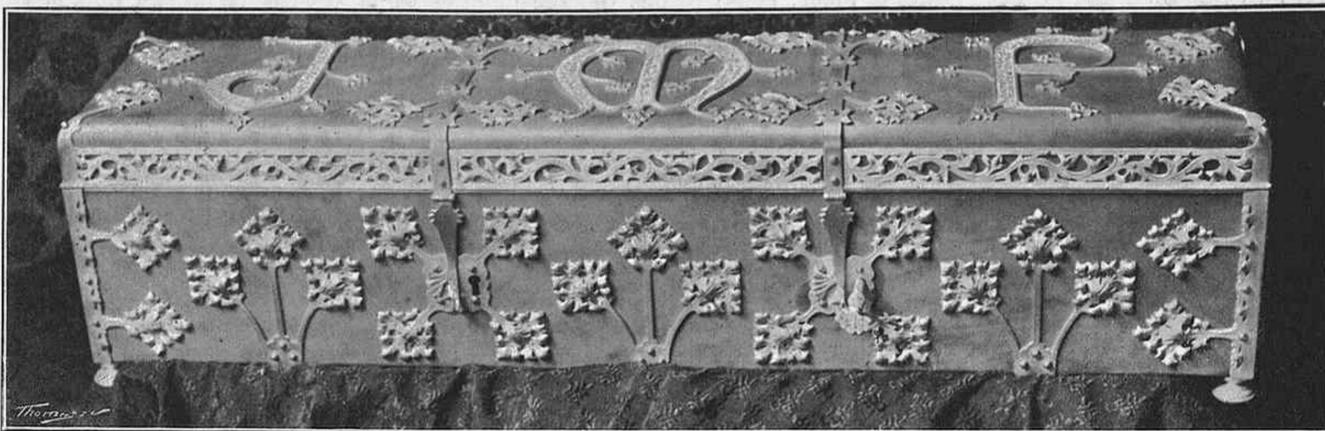
ARQUETA

regalada á

D. J. MAÑÉ Y F.

La arqueta que reproduce el adjunto grabado y que contiene el pergamino regalado por la redacción del *Diario de Barcelona* á su director don Juan Mañé y Flaquer ha sido labrada por el hábil artífice D. Concordio González, siguiendo el dibujo del reputado artista señor Pascó. El distinguido dibujante ha dado con esta obra una nueva muestra de su buen gusto y del profundo estudio que ha hecho de la historia del arte decorativo, probando además la originalidad que sabe imprimir á los temas que su lápiz desarrolla. En conjunto trae la arqueta á la memoria las que se labraron en los siglos XIV y XV; mas á pesar de ello, en todas sus partes y en todos sus detalles responde á un sentimiento moderno, sin que presente aspecto alguno de innovación arqueológica. Va recubierta de piel de un color leonado claro y reforzada con piezas de plata gallardamente dispuestas, relevadas con superior gusto y cinceladas, formando una lindísima combinación de hojarasca de excelente estilo. En la tapa se ven las iniciales de gran tamaño J. M. F., también de plata, cinceladas y enriquecidas con esmalte azul. La entonación tranquila y rica á la par de la plata se armoniza bellamente con el delicado tinte de la piel, dando un conjunto en el que no se

ARQUETA QUE GUARDA EL PERGAMINO OFRECIDO POR LA REDACCIÓN DEL «DIARIO DE BARCELONA» Á SU DIRECTOR D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER, CON MOTIVO DE SUS BODAS DE ORO CON EL CITADO PERIÓDICO



Trabajo de D. Concordio González, según dibujo del Sr. Pascó

advierte nota alguna desentonada. Los cierres, del propio metal que los demás refuerzos del cofrecillo, se ajustan perfectamente al carácter que domina en el decorado de éste, al que sirve de forro raso moaré de leonado obscuro que redondea este objeto en cuyos pormenores brilla la pulcritud más acabada. El pergamino que la arqueta encierra lleva la firma de todos los redactores y corresponsales de Madrid y Cataluña del *Diario*, precedidas de una sencilla y sentida dedicatoria: está ricamente policromada y dorada y es obra del citado Sr. Pascó. Hállase rodeado por dos de sus lados con un tema ornamental que recuerda las barbas de pluma sin copiarlas exactamente; en el espacio superior se ve la pintoresca silueta de la villa de Torredembarra, donde nació el Sr. Mañé y Flaquer, y en uno

del Renacimiento. Relevados y cincelados en oro están asimismo varios motivos decorativos que embellecen distintas partes del pergamino, en el cual compiten la severidad que demandaba su objeto con el arte más exquisito, como obra de quien, como el Sr. Pascó, conoce al dedillo todo cuanto se refiere á la ornamentación y al arte en general. Pergamino y arqueta guardan perfecta relación por ser idéntico el criterio y el estilo que en su decorado presiden y por avenirse también á maravilla el aire severo y la entonación reposada que en uno y otra prevalecen, constituyendo dos obras que honran á su autor y son dignas de la ilustre y por todo el mundo respetada personalidad á quien han sido dedicadas en fecha memorable para la historia del periodismo español.

de los lados, sobre fondo de platino, encuéntrase la cabecera del *Diario* con la fecha del quincuagenario, y abajo, á continuación, los párrafos con que principia el artículo crítico sobre el drama *Don Fernando de Antequera*, de Ventura de la Vega, artículo con que el Sr. Mañé inauguró sus fecundas y levantadas tareas en el *Diario*. Las letras doradas que forman la cabecera de la dedicatoria, de severo y hermoso carácter, están ejecutadas en relieve y cinceladas como las de los códices y misales de la Edad media y de las ejecutorias de comienzos

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE, Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

CARRERAS-CAZA

EMBROCACION MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.
Exijase la firma y el sello de garantía.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HONOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ra} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PRECIO. 5 fr.
en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS et C^o 2^a St-Denis, 16

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
* Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1887 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIÓ de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESIÓN
ASMA y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, París

CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier
ó de las 3 Marcas
ADOPTADA por todos los médicos, en razón de su eficacia, contra Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes y palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía. Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina.
Más solubles, más fáciles de tonar que las píldoras y grageas, han resuelto el problema de la Quinina barata. Frascos de 10, 20, 100 cápsulas.
En PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I - CARNE-QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

UNGUENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN